SEGUNDA EDICIÓN

Precio: 2 Pesetas

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2
1897

3 1761 03550 3218
BRIEF
DPA
0069458

LOS MOROS DE GRANADA

MADRID.—Est. Tip. de Ricardo Fe, calle del Olmo, 4. Teléf. 1.114.

FLORIAN

Los Moros de Granada

CON UN PRÓLOGO

del

DR. PERIER

Versión de P. MORA ALBENCA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

1897

ES PROPIEDAD. — DERECHOS RESERVADOS

LIBRARY
JUN 09 1992
UNIVERSITY OF TORONTO

PRÓLOGO

PASEANDO cierto día por la plaza de la Sorbonne, en París, hube de detenerme ante el escaparate de un almacén de libros de lance, cuando mi vista tropezó con un rótulo escrito en gruesos caracteres sobre un carlelito, el cual rótulo decía así: «Obra póstuma, inédita, del Conde de Salvandy: *Datos curiosos é interesantes relativos á los tiempos de la dominación de los árabes en España.*»

No bien leo el anuncio, cuando entro resueltamente en la tienda, trato sobre la marcha el precio del libro, y, con él bajo el brazo, me dirijo apresuradamente á mi casa.

Sin duda, aquella obra podría constituir para mí un feliz hallazgo. Hacía bastante

tiempo que en mi cerebro bullía incesante una idea, descabellada acaso, y desde luego irrealizable tratándose de mí; había yo soñado en ser para España lo que Walter Scott fuera para su patria: el narrador pintoresco de sus costumbres, de sus tradiciones, leyendas y consejas. No extrañará, pues, el discreto lector, la prisa que me dí en adquirir el manuscrito del malogrado literato que tan bien supo pintar en su *Lorenzo* y en *Don Alfonso* el carácter de los españoles. ¿Quién podría decir que lo que ni Huber, ni Irving, ni Viardot consiguieron, no lo había de realizar yo? ¿Por qué Salvandy no había de ser mi Robertson?

Embebido en estos pensamientos, llegué á mi casa.

Cuando mi anciana tía Toinón vióme entrar con aquel infolio, exclamó, poniendo cara de vinagre y calándose los lentes para verme mejor:

—¡Así empezó Don Quijote!

Pero yo, sin detenerme á contestarle, entré en mi cuarto y me encerré por dentro; deseaba estar solo para leer á mis anchas el consabido manuscrito.

Aquella noche no me acosté hasta bien entrada la madrugada, leyendo de un tirón todo el libro.

Por una rara excepción, el anuncio del mercader no mentía; los datos eran en verdad, tan interesantes como curiosos, no pudiendo yo colegir de dónde los hubiera recogido el autor. En mi afán por leer cuanto tuviera alguna relación con la historia de España de la época de la Reconquista, había ido reuniendo tantos libros, que llegué á formar con ellos una verdadera biblioteca; pero ni en las viejas crónicas castellanas, ni en los rancios pergaminos de Al-Razy y otros autores árabes, como tampoco en las obras y revistas modernas, desde el *Magazin fur newe Historie* hasta la *Historical Encyclopedia*, había hallado hasta entonces noticias de más interés para el objeto que desde ha tiempo perseguía.

—¡Eureka! ¡Dí con ella!—exclamé con entusiasmo, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa cuando terminé la lectura.

Pero en el instante mismo retiré la mano, y lancé un grito. Había derribado la palmato-

ria, y quedé á obscuras; y no era ciertamente esto lo que más sentía, sino un fuerte dolor en la muñeca, y sobre todo, la sangre que en abundancia por ella corría.

Como Dios me dió á entender encendí un fósforo.

¡Ah! ¡Qué horror! Mi mano, la mesa, la carpeta, y en particular el libro, estaban llenos, no de sangre, sino de tinta; y aún no era esto lo peor, sino que el tintero había ido á vaciarse precisamente en la hoja por donde el manuscrito estaba abierto, y que era uno de los capítulos más interesantes de la obra.

No tenía á mano trapo ni esponja; pero apliqué la lengua, y...

Escrito está: *los grandes designios á costa de cruentos sacrificios se han de realizar.*

En mi afán por quitar los borrones, no había tenido presente que el fósforo podría consumirse; y así, al mismo tiempo que mi boca paladeaba el sabor agridulce de la tinta, en el dedo pulgar de la mano derecha sentí el vivo escozor de una quemadura.

Mas, al fin, el escrito quedó, si no limpio, inteligible.

Y pasemos á ocuparnos de la obra.

Pero he de advertir antes que siento algún escrúpulo al hacerlo; porque ¿sabré yo demostrar su mérito? Mis alabanzas, por otra parte ¿no resultarían contraproducentes, considerándolas acaso como hijas de un interés mezquino ó particular? Por lo tanto, creo que mejor que cuanto pudiera yo decir, será el presentar una muestra del género.

Así, voy á traducir y á transcribir aquí, *ad pédem litteræ*, uno de los capítulos del libro; que es el siguiente:

DON MARTÍN DE BARBUDA

Abén-Abdallah Yusuf, hijo de Mohamed, el de Guadix, reinaba en Granada.

Serían sobre las cuatro de la tarde de un espléndido día de mayo, cuando una muchedumbre de gente de toda clase y condición se dirigía apresuradamente hacia el sitio que hoy ocupa la plaza de Bibrrambla: era que á aquella hora y en tal lugar, iba á celebrarse la ani-

mada y ostentosa fiesta que los moros denominaron *Juego de cañas.*

Mas no era sólo el deseo de presenciar los ejercicios de destreza de varios caballeros en una lid ordinaria, lo que aquel día estimulaba á los buenos musulmanes á concurrir á la justa, sino más bien el particular interés, inspirado por la amistad ó la simpatía de cada cual, hacia uno de los dos bandos que jugaban en la singular contienda.

Unos cuantos jóvenes de las principales familias del bajalato de Guadix y Baza, á cuyo frente estaba un hijo del mismo Wali, habían lanzado un reto á los que hasta entonces gozaran de la fama de ser los más ágiles jinetes y los más diestros lanceros del reino granadino; y aquella tarde se había de decidir, si los de Ronda, que siempre salieron triunfantes en los torneos, no eran invencibles.

La gente apretaba el paso para llegar cuanto antes al circo y ocupar los mejores sitios. Los simples menestrales seguían el camino á pie, reunidos en grupos de familia ó amigos; yendo todos ataviados con sus mejores galas, en las que resaltaban los colores blanco y en-

carnado de los turbantes y albornoces. De vez en cuando, pasaban á la ligera algunas literas herméticamente cerradas, conducidas por mozos negros ó berberiscos: aquí iban las mujeres del harén de algún señor granadino. Los magnates de la corte, los *Wazires*, los *Kaydes*, los miembros del *Meschuar* ó Consejo, así como los oficiales del ejército y los ciudadanos ricos, llegaban montados en caballos ó mulas lujosamente enjaezados.

La ancha plaza en que iba á tener lugar la justa, estaba rodeada de una fuerte empalizada formando círculo, cuyo centro era el destinado para los combatientes.

Detrás de las vallas se elevaban las gradas para el pueblo, y más arriba, sostenida por gruesas vigas pintadas de verde, la plataforma, dividida en varios compartimientos reservados para los nobles. Un lujo oriental, y casi desordenado, reinaba en estos últimos departamentos, siendo sobre todo de notar el destinado para el monarca moro, en el que abundaban con verdadera profusión las telas de seda y de Damasco, cuajadas de pasamanería y bordados en oro y plata, y los cache-

mires de brillantes colores, orlados y adornados de bellísimos arabescos y delicadas filigranas cordobesas.

En el balcón de este aposento se hallaba sentado un personaje de continente severo; su rostro era de un color muy subido, casi prieto, y sus ojos, negros y grandes, tenían el mirar, si apacible ó frío, también desdeñoso ó altanero. Su cabeza estaba cubierta con un turbante encarnado cuajado de rica pedrería, y de sus hombros caía una especie de manto blanco finísimo: era éste Aben-Abdallah. A su lado izquierdo ocupaba otro asiento un joven casi imberbe, en cuyo pálido semblante, de aspecto algo ceñudo, estaban marcadas las huellas de una reciente enfermedad; el cual era Mohamed, el príncipe heredero. Detrás de éstos, de pie, y en actitud respetuosa, aparecían varios personajes de la corte: el *Hagile*, el primero entre los jeques, el comandante de la guardia y seis ó siete oficiales, uno de los cuales sostenía en sus manos el estandarte del reino granadino, que era de rica seda de un amarillo claro, con la simbólica granada á medio abrir, formando sus granos hermosos

rubíes, sobre los que reverberaban los rayos del refulgente sol.

Todas las miradas se hallaban fijas sobre el monarca, esperando con ansiedad el que éste hiciera la señal para dar comienzo á la fiesta. Al fin, Abdallah levantó su mano derecha, y en el mismo instante diversas trompas guerreras atronaron el espacio.

Por una de las puertas laterales de la plaza, salían poco después seis heraldos, montados en caballos blancos con grandes penachos levantados del mismo color; y llegados que hubieron frente al monarca, aquéllos hicieron un ceremonioso saludo, y se dirigieron para hacer el despejo, dando varias vueltas alrededor del circo, y retirándose en el mismo orden y previa idéntica ceremonia.

De nuevo déjase oir el áspero sonido de las cornetas, y en el mismo momento, y por opuestos lados, aparecen dos lucidos escuadrones, cada uno compuesto de ocho caballeros con otros tantos *silahdares* (escuderos).

Estos escuadrones eran: de Ronda, los que marchaban á la derecha; de Guadix y Baza, los de la izquierda.

Llevaban los primeros por distintivo, una ancha cinta de seda jalde bordada en plata, y colocada en forma de banda sobre el pecho; sus corceles eran potros de la Serranía, de poca alzada, muy vivos, ágiles y fuertes; del blanco turbante pendía una gran pluma de color amarillo, vistiendo estos caballeros anchos calzones de terciopelo granate y una especie de jubón corto de lana fina de Lorca, pero no llevaban jaique ni albornoz; su calzado eran borceguíes bajos de piel de gamuza, sujetos con correas muy finas á la pierna, que iba cubierta con polainas de cabritilla mate. Los escuderos, aunque también vestidos de ricas telas de forma muy parecida á la de sus señores, diferían de éstos en cuanto al color, y en que carecían del distintivo de nobleza, cual era la banda y el plumero; siendo sus estribos y espuelas de acero bruñido, cuando los de aquéllos lo eran de plata y oro.

El traje de los que componían el segundo escuadrón guardaba analogía con el de los de Ronda, diferenciándose empero, en que la pluma de aquéllos era de color azul claro y de violeta la banda. Cuanto á los caballos,

eran píos, finos, esbeltos, de miembros flexibles y cabeza pequeña; oriundos de los desiertos de Africa y criados en la taha de Purchena. Tanto la crín como la cola de éstos y de los rondeños, estaba sujeta por medio de lazos y moños, formados con cintas multicolores artísticamente entretejidas con hilillos de oro.

Estos paladines, que eran los que aquella tarde habían de tomar parte en la contienda, sólo empuñaban como arma ofensiva y defensiva, una varilla larga y flexible desprovista de todo hierro.

Cuando los dos escuadrones hubieron llegado al medio de la plaza, los caballos tomaron el paso corto, y al estar bajo el palco regio se desplegaron en dos alas; después, y á un tiempo, paráronse en firme, saludaron cortesmente los caballeros al monarca, y volvieron por el mismo orden al sitio de salida, situándose cada bando á un lado de la puerta principal.

La ansiedad de los espectadores por presenciar la justa era cada vez mayor, y según su particular punto de vista, cada cual presa-

giaba á su manera el resultado de la lucha. Quién apostaba doble contra sencillo en favor de los de Ronda; quién pregonaba á voz en grito la destreza de los de Guadix y Baza, á los cuales, de antemano, adjudicaba el triunfo. Y en estas contiendas, y con tales discusiones, los ánimos iban excitándose por momentos, hasta llegar á convertirse en motines y pendencias; á tal punto llevaban á los buenos musulmanes su impetuoso carácter y su decidida afición por esta clase de fiestas.

Esperando la orden del rey, los caballeros seguían en sus respectivos sitios, demostrando en sus ademanes la impaciencia que á ellos también dominaba porque llegara el instante en que habían de poner en juego su destreza.

Al frente de los caballeros de Ronda iba Edressi-Al-Ramy, aquel esforzado paladín cuya cimitarra tan temida era por los cristianos de la frontera; seguíale Abul-Talik, el simpar jinete y correcto poeta, de quien había de descender aquel otro inspirado cantor de las bellezas de España, Abul-Beka, de cuyas odas y *flores*, ocupándose un comentarista árabe, dice que merecen estar escritas en

letras de oro y exponerse en el templo de la Meca al lado de los poemas de Moallaka; detrás de Abul-Talik, refrenaba su indómito potro Naj, el de Loja, quien tan hábil era en el manejo del arco, que según expresión de uno de sus contemporáneos, *allí do ponía el ojo, clavaba la flecha.* Los compañeros de éstos eran jóvenes de las primeras familias moras de aquella parte de Andalucía.

Un hijo del Walí de Guadix, Alí Shaffy, comandaba el segundo escuadrón, compuesto asimismo de apuestos mancebos, entre los que se distinguía por su gentil donaire el imberbe Abul Khilkan, primogénito del caid de Andarax.

En tanto que llegaba el momento de entrar en liza, Al-Ramy daba en voz baja instrucciones á los suyos, mientras Alí acariciaba á su corcel que, espantadizo é inquieto se encabritaba sin cesar; por su parte, Abul Khilkan, sin parar mientes en cuanto á su alrededor pasaba, sólo tenía fija su atención en uno de los palcos de las mujeres, desde donde Ssobyhha, la hermosa hija del wazir de Cadiar, presenciaba la fiesta.

Pero sin duda el destino había dispuesto que los buenos muslines no gozaríaň aquel día de la justa, y que el regocijo del pueblo habríase de trocar en tumultuosa algarada.

En los alrededores de la plaza déjase oir de repente tremenda vocería, aumentándose por momentos el ensordecedor ruido.

—¿Quiénes gritan?—se preguntaba la gente.— ¿Acaso es una zambra de los israelitas, ó es que Zenetes y Mazamudes han venido de nuevo á las manos?

—Más bien podrá ser—replicaban algunos,—que el pueblo haya atacado á esos odiosos berberiscos de la guardia, á quienes Alá confunda.

Nadie, sin embargo, podía satisfacer la curiosidad general.

En esto, por la puerta principal entró en el circo un personaje de altivo continente y estatura colosal, grueso y fornido, de semblante hosco y barbitaheño, que llevaba con presuntuosa ostentación magníficos vestidos de seda y terciopelo, y en la cabeza un casco de bruñido acero en el que reverberaban los rayos del sol poniente. Este, que era el walí

de Granada, Al-Ahmed, se dirigió con resolución al palco del soberano seguido de varios oficiales moros, armados, como él, con largas y corvas cimitarras y gumías de puños artísticamente cincelados.

En el semblante de Aben Abdallah apareció un signo de sorpresa al apercibir al Walí; y cuando éste hubo llegado á su presencia, exclamó con vehemente acento:

—¿Qué azar te trae aquí mi buen Almed?

El Walí, haciendo un profundo acatamiento, y con voz ruda y opaca, replicó:

—*Amyr-al-Munemin*, acaban de llegar tres extraños emisarios de parte de esos *al ramys*...

—¡Cristianos!—le interrumpió vivamente el rey—¿Y qué desean?

—Su misión es tan importante, según dicen, que sólo con el emir desean entenderse.

Aben-Abdallah se irguió altanero, respondiendo secamente:

—No puedo recibirlos; si algo quieren, ahí está el Consejo de los jeques.

Al-Ahmed se aproximó al rey, y le dijo á media voz:

—Señor: por las trazas he colegido que esos cristianos deben ser traidores á los suyos. ¿Y no podrían ser ellos los instrumentos de que se vale el Altísimo para el cumplimiento de aquella predicción del fiel *Khatyb* de la grande Aljama: *¡La fortuna y el triunfo de las armas granadinas vendrán de parte de un renegado nazareno!*

Aben-Abdallah clavó su profunda y escrutadora mirada sobre el Walí, y después extendiendo su brazo con imperio, dijo:

—Hazles pasar.

El Walí hizo un profundo saludo, y se retiró seguido de sus oficiales.

Durante el anterior diálogo, cuantas personas habia en la plaza no apartaban la vista del monarca y de Ahmed; olvidándose todos por un momento de la justa y de los caballeros, para prestar toda su atención sobre el grupo formado por aquéllos, haciendo los más extraños é inverosímiles comentarios de la intempestiva visita del Wali.

De allí á poco volvió á aparecer Ahmed; pero ahora venía acompañado de tres personas, cuyas severas vestiduras formaban sin-

gular contraste con el inusitado lujo que por doquiera allí reinaba. Uno de ellos, el que marchaba al lado del Walí, y que era hombre ya entrado en años, llevaba puesto un hábito largo de sayal obscuro muy raído y deteriorado por el tiempo, cubriendo su cabeza un capuchón de la misma tela, y unas sandalias de piel de toro los pies; de su cuello pendía un rosario de gruesas cuentas rematado en una cruz de metal dorada y de gran tamaño; era, en fin, el traje usado por los numerosos ermitaños que en aquel tiempo se hallaban esparcidos por toda España. Los dos compañeros del cenobita, que marchaban detrás de él, eran dos jóvenes vestidos á la usanza de los campesinos portugueses: pantalón y chaqueta de paño burdo, polainas de cuero y sombrero de anchas alas.

Los tres portugueses, pues sin duda lo eran dada su indumentaria y su afectada gravedad, caminaban impasibles por entre la muchedumbre, que los contemplaba con cierta curiosidad no exenta de prevención.

Llegados que hubieron delante de Aben Abdallah, éste exclamó con brusco acento:

—¿Qué quereis?

El ermitaño, que hasta entonces llevara la vista fija en el suelo, levantó la cabeza, y sus ojos grandes, vidriosos é inquietos, cual si estuvieran animados por recóndita fiebre, se fijaron en el semblante del rey moro.

Después, con voz apagada y breve, replicó:

—Venimos de parte del Gran Maestre de Alcántara, Don Martín de Barbuda. He aquí su mensaje.

Y sin esperar la venia del monarca, con gran parsimonia, metió su mano bajo el hábito, de donde sacó un pequeño rollo sujeto con unos cordones de hilo negro; los cuales desató con mucho cuidado, desdoblando al fin un pergamino, en el que con marcada prosopopeya leyó en correcto árabe lo que sigue:

—«Yo, Don Martín de Barbuda, Gran Maestre de la ínclita y apostólica orden de Alcántara y San Julián de Pereiro, á Abdallah, jefe de las tribus moras de Granada.—En el nombre de Dios, único y verdadero, yo os requiero á tí y á todos los tuyos, á que, adjurando la falsa ley de Mahoma, abracéis

la fe de Jesucristo. Y no habéis de ver en este mi mensaje la obra ostensible del hombre, sino la oculta voluntad del Todopoderoso: es mi palabra no más que el eco de los designios del Altísimo. Mas si queréis pruebas, como obcecados incrédulos, yo os las presentaré bien palmarias. Elije tú, Abdallah, cien guerreros de los más esforzados entre los mahometanos, los cuales en singular combate habrán de reñir con sólo cincuenta caballeros cristianos; teniendo entendido que los vencidos con todos los de su raza, habrán de acatar las creencias de sus vencedores. Espero tu respuesta por el venerable ermitaño, mi enviado. ¡Que Dios te ilumine para...»

No pudo continuar. Los espectadores habíanse levantado en masa; y en tanto que unos gritaban desaforadamente, otros amenazaban á aquellos tres locos, que iban á escarnecer las creencias religiosas de un pueblo tan fanático como el musulmán.

El monarca granadino, sorprendido hasta la estupefacción por aquella inesperada salida, contemplaba al ermitaño, que impasible y con el pergamino en la mano, parecía como

que esperaba á que la tormenta pasara para continuar su interrumpida lectura.

Aben-Abdallah se volvió bruscamente hacia el Walí, y le dijo:

—¿Será un loco?

El semblante de Ahmed habíase tornado lívido de cólera, y con acento en que se traslucía toda la ira que en su pecho hervia, replicó:

—Señor, dejadlos de mi cuenta; haré en ellos un ejemplar castigo.

Aben-Abdallah no contestó, sino que movió la cabeza, y sus acerados dientes mordieron los labios hasta hacerse sangre.

—Ordena al momento que sea desalojada la plaza—dijo al fin;—y encierra á estos tres cristianos en la torre de los Gomerez; mañana resolveremos.

Y el monarca granadino se levantó, y con ademán descompuesto se dirigió hacia la puerta reservada para la Corte.

Momentos después, al son marcial de trompetas y atabales, una brillante comitiva, precedida de un escuadrón de coraceros de la Guardia, y del estandante de Al-Hamar, y

presidida por Aben-Abdallah, y el príncipe Mohamed, tomaba la cuesta que conduce al palacio de la Alhambra.»

Hasta aquí el capítulo de la obra de Salvandy.

Mas ésta, en mitad de un párrafo muy interesante en que se trata de aquella célebre escuela de Córdoba titulada *Dar-Alhikma* (Casa de la Sabiduría) se corta de repente, quedando por lo tanto incompleta.

Pero algunas líneas más abajo, hallé la siguiente nota, que explicaba el motivo de aquella interrupción.

«Mi estado de salud no me permite continuar por ahora estos apuntes ¡acaso no los termine! De todos modos, confío en que mi labor no ha de resultar inútil ni estéril; pues ¿no habrá alguien que quiera proseguir la honrosa y meritoria empresa? En tal caso, yo aconsejaría á éste, que para cuantas dudas le ocurriesen, consultase con Ebn-Saadi, comentarista árabe bastante ilustrado y morabito muy considerado entre los mahometanos

de Marruecos, el cual vive á ocho kilómetros al Norte de la ciudad de Tetuán, en la ribera del Mediterráneo.—Al mismo tiempo, en Andalucía podrían también facilitarle datos referentes á la historia de la dominación árabe, los señores siguientes (1):

Aquella noche no dormí, pensando en mi feliz hallazgo y en los dilatados horizontes que ante mí se abrían. ¿Sería yo al fin el predestinado?

Apenas me levanté de la cama, fuí en busca de mi tía, á quien la dije resueltamente:

—Mañana partiremos para Africa.

Tal efecto produjo en ella esta noticia, que dió un tremendo respingo, y se le cayó la cofia.

—¡A Africa! ¿Con los moros? ¡Fu!—replicó al fin, clavando en mí sus ojos, abiertos como dos platos.

—A Africa, sí, pasando por Andalucía. Pero

(1) Aquí, el Conde de Salvandy estampa los nombres de varios sujetos de aquella región: un erudito granadino; un discreto abogado, y un correcto literato de Almería, y un joven periodista de Málaga; de los cuales ya tendré ocasión de ocuparme en mi obra, titulada *De París á Tetuán*, que muy próximamente daré á la estampa.

si no queréis acompañarme, podréis quedaros aquí.

Y temiendo algún nuevo reproche de su parte, me alejé de allí.

Pero ahora caigo: ¿y Florián y sus *Moros de Granada*, dónde están?

Con la alegría perdí la memoria, y menos mal si tuviera espacio para enmendar la omisión, pues observo que va quedando poco papel.

Así, tendré que resumir.

Juan Pedro Claris Florián nació en 1755 en el castillo de Florián, situado en los Bajos Cevennes. Su padre, caballero de San Luis, pertenecía á la primera nobleza de Francia; su madre, Gillette de Salgues, era de origen castellano.

Desde muy joven mostró el autor de *Estela* y *Nemorín* su decidida afición á la literatura española, que acaso le inspirara su misma madre. Se complacía, sobre todo, con Cervantes, del cual tradujo al francés la *Galatea*.

Poco tiempo después dió á luz su *Numa*

Pompilio, obra que obtuvo, á pesar de algunos defectos de estilo, un éxito inusitado. A propósito de ella, un escritor contemporáneo escribe lo siguiente: «Publicada tres años antes de la reunión de los Estados generales, la obra *Numa Pompilio*, no es más que una larga y continuada alusión á las aspiraciones políticas de la Francia. Aquel rey inspirado por la sabiduría, aquel príncipe discípulo de Zoroastro, elevado por los votos del pueblo á la augusta y suprema magistratura; ese Numa que hace de los nombres de padre y rey dos perfectos sinónimos, ¿no era desde luego la imagen del monarca constitucional del príncipe filósofo que aguardaba la nación? ¿Y al mismo tiempo no era como el emblema de las esperanzas que Luis XVI hizo concebir á su amado pueblo? Todo se veía entonces de color de rosa. La filosofía, decíase, nos gobernará; ¿y qué de beneficios no reportará á los hombres sujetos á su imperio? La edad de oro imaginada por los poetas, vendrá á ser una realidad. Todos los males desaparecerán con el fanatismo y la tiranía que los enjendra; el hombre virtuoso é instruído gozará de

una felicidad tan grande como exenta de inquietudes, imperando, en fin, las sencillas costumbres patriarcales y la solícita política de Numa.» (1)

En 1788 fué por dos veces laureado Florián por la Academia Francesa, la una por su epístola *El Ciervo del Monte Jura*, y la otra por su tierna y sentida égloga *Ruth*. Posteriormente, la docta sociedad le llamó á su seno por unanimidad de votos. En fin, en 1791 publicó su *Gonzalo de Córdoba*, cuya introducción la forma un resumen de la dominación de los árabes en España, y que es la que hoy aparece ante el público con el título de *Los moros de Granada*, estando ésta considerada como la mejor obra en prosa escrita por nuestro biografiado.

El estilo de Florián—dice la Harpe—es elegante, sencillo, armonioso, sabiendo moralizar al mostrar los defectos. Sobre todo, esta cualidad sobresale en sus célebres *Fábu-*

(1) *Florián*, artículo de M. Hugues Le Roux, inserto en el diario de París, *Le Temps* (10 de Julio de 1887), y reproducido en el tomo 50 de la *Nouvelle Bibliothéque*.

las, que le valieron elevarse hasta ponerse casi al nivel de Lafontaine. Las citadas producciones vieron la luz pública durante los días revolucionarios de 1793, en cuya época, á causa de sus ideas, de su noble apellido y de sus relaciones con la Corte, estuvo expuesto á morir trágicamente.

Ya libre, y vuelto á Sceaux, su antigua residencia, empezó á decaer visiblemente en su salud. Su última producción, *Nephtalé*, y hasta su mismo *Don Quijote*, revelaban sus sufrimientos físicos y morales. Pero aun así, Florián supo dar á sus obras aquel fin instructivo y moralizador que fue siempre su norma, pudiendo apropiarse muy perfectamente á ellas aquel conocido principio: *Cuando una lectura eleva nuestro espíritu y nos inspira sentimientos nobles y generosos, no hay que buscar otras reglas para juzgarla; el libro es bueno y hecho de mano maestra.*

Claris Florián murió muy joven, á la edad de treinta y nueve años, el 15 de Septiembre de 1794.

DR. PERIER

Montluçon, 8 de Enero de 1896.

LOS MOROS DE GRANADA

ÉPOCA PRIMERA

CONQUISTA DE LOS ARABES Ó MOROS

DESDE ÚLTIMOS DEL SIGLO VI AL VIII

I

Se conocen con el nombre de moros los habitantes de esa vasta región de Africa, limitada al oriente por el Egipto, al norte por el Mediterráneo, al oeste por el gran Océano, al mediodía por los desiertos de Berbería. Su historia, como la de casi todas las demás naciones en los principios, es obscura y está llena de fábulas las más extrañas é inverosímiles.

Hasta ahora, lo único comprobado es que desde las más remotas edades, las emigraciones de los habitantes de Asia hacia el suelo africa-

no fueron muy constantes: el mismo nombre de moros ya parece indicarlo así. La mayoría de los historiadores hablan de un Meleck-Yarfrik, rey de Arabia, el cual seguido de un numeroso pueblo que profesaba el sabeísmo, ó adoración de los astros, fué á ampararse á la Libia, huyendo de su patria; éstos fueron los que denominaron Africa á aquella parte de la tierra.

Las principales tribus de los moros pretenden descender de estos primeros pobladores de la Libia. Sin entrar en discusión sobre sucesos tan remotos, se puede desde luego asegurar que los antepasados de aquéllos fueron los árabes. Tanto unos como otros han habitado siempre bajo tiendas, llevando idéntica existencia errante, nómada, vagabunda.

En la historia antigua, los moros son conocidos con los nombres de númidas, getulianos y massilianos. Estas tribus, que aunque de la misma raza, eran enemigas entre sí, dependían en cierto modo de la famosa Cartago, y con ésta cayeron, entrando á formar parte de la dominación romana.

Después de varias é inútiles revueltas, originadas por el espíritu inquieto, fogoso é inconstante de estos pueblos, fueron á caer bajo el yugo de los vándalos, del que lograron librarse

pronto, para volver á ser conquistados un año después por Belisario.

Mas los árabes llegan á su vez á vencer á los griegos, y hasta someten á los mauritanos después de una guerra muy encarnizada.

Desde este momento, los moros, ya convertidos en musulmanes, se confunden con los árabes; por lo que se considera necesario decir aquí algunas palabras sobre esta nación extraordinaria, desconocida casi por completo durante tantos siglos, y que se levanta de repente, haciéndose dueña de la más grande porción de la tierra hasta entonces conocida.

Sin duda alguna, constituyen los árabes uno de los pueblos más antiguos del universo, y acaso el que mejor ha conservado en medio de las vicisitudes de los tiempos su peculiar carácter, su independencia absoluta, ó mejor dicho, su aislamiento de las demás naciones. Desde los siglos más remotos han vivido, como ya se ha dicho, en tribus, errantes en los campos ó reunidos en las ciudades, y sometidos á jefes que así ejercían las veces de guerreros como de magistrados; mas nunca estuvieron sujetos por completo á la dominación extranjera, á no ser de una manera momentánea. Los persas, los macedonios y los romanos intentaron someter-

los á su dominación; pero todo el esfuerzo con tal objeto empleado fué á estrellarse contra las duras rocas de los nabateos.

Orgullosos de su origen, que hacen remontar hasta los patriarcas, envalentonados por haber logrado defender siempre su libertad, el árabe, desde el fondo de sus desiertos, mira á las otras naciones con desprecio, como á mansos rebaños de esclavos sujetos á cada instante á cambiar de dueño. Valiente, sobrio, infatigable, endurecido desde la infancia por los más penosos trabajos, no temiendo ni á la sed ni al hambre, ni aun á la misma muerte, este pueblo no necesitaba más que de un gran hombre para hacerse dueño del mundo.

Y apareció Mahoma, en quien se hallaban reunidas las más relevantes cualidades: valor, sagacidad, gracia y elocuencia. Todos estos dones, que tanto imponen y atraen, los poseía aquél, en tan sumo grado, que aun en las naciones más adelantadas hubiera pasado por héroe; pero en este pueblo fanático é ignorante, fué un profeta, un semi-Dios.

Hasta que Mahoma apareció, las tribus árabes, rodeadas por todas partes de cristianos, de judíos y de idólatras, no profesaban una religión bien definida, sino que se habían apropia-

do los dogmas diversos que constituían las creencias de aquéllos, mezclados confusamente con los de la antigua Sabea. Así admitían los espíritus, los ángeles buenos y malos y los sortilegios.

Después de haberlo meditado mucho y hasta la edad de cuarenta y cuatro años, pasados la mayor parte en estudiar el plan, Mahoma no se dió á conocer como fundador de una religión. Primero convenció y atrajo á su partido á los principales de su familia, que era la primera entre los árabes, y luego predicó al pueblo, inculcándole aquellos principios que tan bien se armonizan con el genio ardiente de su raza.

—Hijos de Ismael—les decía,—el culto que yo os enseño es el que profesaba vuestro padre Abraham, así como también el de Noé y el de todos los patriarcas. No hay más que un solo Dios, señor de los mundos, el cual se llama el *Misericordioso*. No adoréis más que á Él. Sed caritativos con los huérfanos, con los pobres, con los esclavos, con los cautivos; permaneced justos entre los hombres: la justicia es hermana de la caridad. Orad y haced limosnas. Vuestra recompensa será habitar en el paraíso de los jardines deliciosos, por donde siempre corren ríos de aguas límpidas y mansas. Combatid con

resolución á los impíos y á los incrédulos, y no cejéis hasta conseguir la victoria, para que abracen el islamismo ó paguen un tributo. Todo guerrero muerto en el campo de batalla irá á gozar de las delicias del cielo. Los que se porten con cobardía, no por esto podrán prolongar sus días: el instante en que el ángel de la muerte deba herirles, de antemano está señalado en el libro Eterno.

Estos preceptos, expresados en ese tono dulce al par que majestuoso á que tan bien se presta la lengua oriental, preceptos, por otra parte, inspirados por un ángel á un profeta, según éste mismo aseguraba, debían hallar muy pronto prosélitos en un pueblo tan apasionado por lo maravilloso y lo poético.

Y en efecto, así sucedió, viniendo á hacerse más simpática su causa y aumentando el número de sus adeptos la misma persecución de que fueron objeto en sus principios.

Los enemigos del profeta obligaron á éste á huir de la Meca, su patria, y á refugiarse en Medina. Esta huída formó época en su historia, y constituye la hégira de los musulmanes.

Desde este momento el islamismo, cual un torrente desbordado, se extiende por la Arabia y la Etiopía. En vano algunas tribus idólatras y

judías trataron de defender su antiguo culto; inútilmente la Meca arma sus soldados para combatir al enemigo de sus dioses. Mahoma, con la espada en la mano, dispersa aquellos ejércitos, se apodera de casi todo el país y de sus principales ciudades, perdona repetidamente á los vencidos, y se atrae por su clemencia y por su ingenio la simpatía de los pueblos.

Legislador, pontífice, jefe de todas las tribus árabes, general de un ejército formidable, respetado por los soberanos de Asia, venerado de su nación, secundado por capitanes hábiles que bajo sus órdenes se convierten en héroes, Mahoma se considera fuerte, y resuelve marchar contra Heraclio, cuando muere súbitamente en Medina de resultas de un veneno que le suministró una judía de Khan.

La muerte del profeta no detuvo ni los progresos de su religión, ni la conquista de los árabes.

Abubekr, suegro de Mahoma, fué nombrado para suceder á éste, tomando el título de *califa*, que quiere decir *vicario;* logrando penetrar con las armas, en los principios de su dominación, hasta el centro mismo de la Siria; dispersando las tropas de Heraclio y apoderándose de la ciudad de Damasco, cuyo sitio llegó á hacerse célebre, sobre todo por los hechos verdadera-

mente maravillosos realizados por Al-Kaled, apellidado la *Espada de Dios*.

Después de tantas victorias, en medio de tanta gloria, Abubekr se muestra, más que modesto, humilde: del inmenso botín cogido al enemigo, sólo toma para sus gastos particulares una suma insignificante, equivalente á cinco pesetas por día.

Omar, sucesor de Abubekr, hace marchar á Al-Kaled sobre Jerusalén, y esta ciudad es tomada por los árabes, corriendo igual suerte toda la Palestina y el resto de la Siria.

Los turcos y los persas piden la paz; Heraclio huye de Antioquía; el Asia tiembla ante Omar, y los terribles musulmanes, sin engreirse por tan continuadas victorias, sólo de Dios hacen depender el éxito y la fortuna. Rodeados por todas partes de riquezas, poseedores de los más hermosos países del mundo, viviendo en medio de los pueblos más corrompidos, los árabes observan una conducta moderada é intachable, y no olvidan ni por un momento sus austeras costumbres, su severa disciplina y su respeto para con el pobre y el desvalido. Los más ínfimos soldados deteníanse de repente en el saqueo de una ciudad á la primera orden de su jefe, entregando espontánea y fielmente el

oro, la plata y cuanto de valor habían cogido, para depositarlo en el tesoro público. Aquellos capitanes tan bravos, tan soberbios con los reyes sus enemigos, inclinaban humildemente la cabeza en señal de acatamiento, al recibir la más insignificante orden del califa, á cuya voluntad estaban por completo supeditados. Y en fin, el mismo Omar, el más grande y poderoso rey de Asia, emprende la marcha á Jerusalén, montado en un camello cargado con una cuba llena de cebada y arroz, y otra de agua, y por todo servicio un vaso de madera. Con tan sencillo equipaje atraviesa por medio de los pueblos recién conquistados, cuyos habitantes se apresuran á salir á su paso para acatarle, pidiéndole al mismo tiempo su bendición y haciéndole árbitro de sus diferencias.

Llegado que hubo á donde acampaba su ejército, Omar predica á sus soldados el valor y la moderación, y penetrando en Jerusalén, perdona á los cristianos que se habían rebelado, y da libertad á los prisioneros, permitiéndoles su culto y entregándoles sus iglesias.

Después, emprende la vuelta á Medina, en donde, en compañía de su pueblo, dirige constantemente preces al Dios de Mahoma por el triunfo de su causa.

Los musulmanes se resuelven á invadir el Egipto, al que en muy poco tiempo logran sojuzgar; y Alejandría es tomada por Amrú, uno de los mejores generales de Omar.

Por este tiempo fué cuando se destruyó aquella famosa biblioteca, objeto de tantos cuidados por parte de los sabios egipcios.

Los árabes, que tan apasionados eran por sus poesías, despreciaban en cambio los libros y las ciencias pertenecientes á las otras naciones. Así, Amrú hizo quemar aquella biblioteca formada durante tan largo tiempo por los Ptolomeos. Y, hecho singular digno de anotarse en este caso, aquel general, al par que experto guerrero, era un notable poeta y gran amigo y protector de los hombres de letras, tanto que sin la orden expresa del califa en contrario, hubiera entregado la gran librería del palacio al célebre Juan el *Retórico*, que se la pidió.

Amrú hizo ejecutar en Egipto un proyecto colosal, el de unir el mar Rojo con el Mediterráneo por medio de un canal navegable, á donde las aguas del Nilo iban á desembocar. Esta importantísima obra, tan provechosa para el comercio de Asia y de Europa, fué terminada en un espacio de tiempo muy corto. Posteriormente los turcos la destruyeron.

En tanto que otros generales pasaban el Eúfrates, y sometían la Persia, Amrú avanzó por Africa. Mas ya no existía Omar; Othman ocupuba su lugar.

En tiempo de este califa fué cuando los árabes conquistaron la Mauritania y sometieron á los ya débiles griegos, no encontrando sus armas resistencia más que en las tribus belicosas de los berberiscos.

Estos pueblos, libres y errantes, que vivían del pastoreo, habitaron primero en la Numidia, trasladándose después á las montañas del Atlas. Durante largo tiempo lograron conservar su independencia, defendiéndose con bravura en sus abruptos terrenos; mas al fin, Akbé, general musulmán, llegó á someterlos, imponiéndoles sus creencias.

Este mismo Akbé fué el que después de recorrer triunfante el Africa del uno al otro extremo, llega á orillas del Océano, y aquí, detenido por las aguas, mas lleno de entusiasmo por su religión, espolea su caballo, haciéndole entrar en el mar hasta la mitad del cuerpo; entonces tira de su espada y exclama:

—Ya lo ves, Dios de Mahoma: sin este elemento que me detiene, iría á buscar nuevas naciones para hacerles adorar tu santo nombre.

Hasta esta época, los moros, sujetos sucesiva-

mente, aunque de una manera incompleta, á los cartagineses, á los romanos, á los vándalos y á los griegos, no habían tomado más que una parte insignificante y poco directa en los asuntos de estas naciones. Errantes en los desiertos, casi no atendían á otra cosa más que al cuidado de sus rebaños, pagando impuestos muchas veces arbitrarios, y hasta sufriendo vejaciones de parte de sus jefes. De tiempo en tiempo, y en distintas ocasiones, trataron de librarse de estas cargas, refugiándose en el interior del país ó en las montañas del Atlas. La religión que profesaban constituía una mezcla de cristianismo é idolatría; sus costumbres eran las de los nómadas; groseros, embrutecidos por el despotismo, venían á ser poco más ó menos, lo que hoy son bajo la tiranía de los emperadores de Marruecos.

La llegada de los árabes produjo un cambio radical en la manera de ser de los moros. Las condiciones y el carácter de ambos pueblos, que tenían un origen común, que hablaban la misma lengua y poseían idénticas pasiones, contribuyó á ligar íntimamente á vencedores y vencidos. El anuncio de aquella religión predicada por un descendiente de Ismael, á quien las tribus morunas consideran como su padre; las rápidas victorias de los musulmanes, quienes ya

dueños de la mitad del Asia y del Africa, amenazaban invadir el mundo entero, excitaron grandemente la imaginación de aquel pueblo turbulento, haciendo que se rindieran de buena voluntad y por completo á sus conquistadores. En muy poco tiempo abrazaron los dogmas de Mahoma, y todos unidos combatieron por el islamismo.

Esta unión, que duplicó las fuerzas de aquellas naciones, se alteró por algún tiempo con el levantamiento de los berberiscos, quienes ni aun en este caso dejaron de dar pruebas de su espíritu indomable.

Reinaba entonces el califa Valid I, el cual hizo partir de Egipto al mando de cien mil hombres á Muza-ben-Nazir con objeto de apaciguar y someter á los berberiscos. Este hábil guerrero castigó á las revoltosas tribus, pacificando también á los mauritanos ó moros propiamente dichos, que habían seguido el ejemplo de sus vecinos, y llegando hasta Tánger, que pertenecía á los godos españoles, logra apoderarse de esta ciudad.

Dueño ya de un país inmenso y de un ejército aguerrido y numeroso, contando además con la ayuda de un pueblo, para quien la guerra constituía casi una necesidad, Muza pensó en pasar el mar y conquistar la España.

II

El rico y hermoso territorio español, después de haber estado sometido á los cartagineses y á los romanos, fué á caer en poder de los bárbaros. Los alanos, los suecos y los vándalos, conocidos bajo el nombre de godos, se habían repartido sus provincias, hasta que Eurico, uno de sus reyes, reunió bajo su cetro á últimos del siglo V á toda España y lo que hoy constituye Portugal, trasmitiendo después esta herencia á sus descendientes.

La benignidad del clima, las riquezas naturales de su suelo, la misma tranquilidad con que vivían, no turbada por ninguna guerra con enemigos extraños, afeminaron pronto á estos nuevos conquistadores, haciéndoles contraer vicios que antes no conocían y trocando su antiguo valor en desidia y abyección.

Los reyes que sucedieron á Eurico, ora católicos, ya arrianos, abandonaron el poder en manos de los obispos. Las contiendas suscitadas

entre unos y otros dieron lugar á continuas conspiraciones y disturbios. Rodrigo, el último de los monarcas godos, manchó el trono con sus vicios é influyó en la ruina de su nación.

El conde Julián y su pariente el arzobispo Oppas, ambos señores muy poderosos, favorecieron secretamente la irrupción de los moros á causa de ciertos resentimientos con su rey.

Tarik, lugar-teniente y uno de los mejores capitanes del ejército de Muza, fué enviado por éste, juntamente con un corto número de soldados, para probar fortuna en España.

A pesar del reducido número de combatientes con que contaba, Tarik no titubea en presentar batalla á los godos. En las primeras escaramuzas, la victoria se mostró indecisa por uno y otro bando; mas habiendo recibido el caudillo árabe nuevos refuerzos de Africa, ataca al grueso de las fuerzas españolas, mandadas por el mismo Rodrigo, en los campos de Jerez.

El rey godo murió en la refriega, y sus huestes fueron dispersas.

Aprovechándose de su victoria, penetra Tarik en Extremadura, en Andalucía, en las mismas Castillas y toma á Toledo. Muza envidioso de la gloria de aquél, pasa el mar con un numeroso ejército y entra en España. Ambos caudi-

llos, dividiendo sus fuerzas en diferentes cuerpos, terminan en poco tiempo la conquista de la península ibérica.

Y es digno de observar cómo estos moros, á quienes muchos historiadores presentan como bárbaros sedientos de sangre y exterminio, dejan á los pueblos vencidos, su culto, sus iglesias, sus magistrados, no exigiéndoles más tributos que los mismos que pagaban antes á sus monarcas. Y sin duda, no sería tan grande la ferocidad de los conquistadores, cuando la mayor parte de las provincias se rindieron por mutuo convenio, viviendo después tan en armonía unos con otros, que los de Toledo tomaron el nombre de *mozarabes*, y la reina Egilona, viuda de Rodrigo, el último rey godo, casóse públicamente y con el beneplácito de todos, con Abdélazis, hijo de Muza.

Este general árabe, á quien los hechos heróicos de Tarik le habían hecho concebir envidia y recelos, trató de alejar á éste de su lado, acusándole ante el califa.

Valid I llamó á ambos, y, después de oirles, creyó, conveniente no dar á ninguno la razón; mas sí les ordenó no alejarse de su corte, en donde á poco murieron en el olvido.

Abdélazis, el esposo de Egilona, quedó de go-

bernador de España; pero su mando duró poco tiempo.

Alahor, que le sucedió, llevó sus armas hasta las Galias, sojuzgó una buena parte de la Normandía, y ya se preparaba á llevar más adelante sus conquistas, cuando llegó á su noticia que Pelayo, príncipe de la sangre de los godos, que después de la batalla de Guadalete se había refugiado en las montañas de Asturias con un puñado de valientes guerreros, osaba desafiar á los vencedores de España, tratando nada menos que de reconquistar el suelo perdido.

Entonces, Alahor envió tropas contra Pelayo; pero el héroe español, parapetado tras las escabrosidades de los montes, venció por dos veces á los musulmanes, mucho mayores en número que los soldados cristianos.

Pelayo logró apoderarse de algunos castillos defendidos por los moros, y reanimando el valor de los suyos con sus continuos rasgos de audacia, hizo comprender á los atemorizados españoles que sus enemigos no eran invencibles.

Las increibles victorias alcanzadas por el invicto príncipe cristiano, motivaron la destitución de Alahor por el califa Omar II.

Elzemagh, su sucesor, pensó que el mejor

medio de reprimir las insurrecciones entre los ya envalentonados habitantes de España, era hacer á los pueblos lo más felices posible; y se ocupó en dictar leyes para la seguridad de los ciudadanos, reglamentando los impuestos, que algunos gobernadores habían hecho excesivamente onerosos, y señalando un sueldo fijo á los soldados, que hasta entonces vivieran de la rapiña.

Aficionado á las bellas artes, que los árabes cultivaban desde hacía largo tiempo, Elzemagh embelleció á Córdoba, en donde fijó su capital; llamó á su lado á los hombres más renombrados por su ciencia, y aun él mismo se dedicó á escribir un libro, en el que se hacía mención de todas las ciudades de la Península, de los ríos que pasan por cada región, de los puertos más seguros del Mediterráneo y del Océano, y por último una descripción minuciosa de las riquezas minerales y de otros géneros que entonces encerraba España.

Sin inquietarse por la actitud cada vez más resuelta de Pelayo, cuyo poder quedaba, empero, reducido á la posesión de algunas fortalezas en lo más inaccesible de las montañas, Elzemagh no trató de impedir sus correrías; mas en cambio, resolvió poner en obra un proyecto

más atrevido, y que desde hacía tiempo meditaba, el de invadir la Francia.

Con tal objeto reunió un ejército numeroso y escogido, y pasó los Pirineos; pero en la primera batalla fué muerto por las tropas que capitaneaba Eudes, duque de Aquitania.

III

Después de la muerte de Elzemagh, ocurrida en tiempo del califato de Yezid II, y en el espacio de muy pocos años, se sucedieron rapidamente en España diferentes gobernadores. Ninguno de éstos realizó hecho alguno digno de mención. Mas durante este tiempo, el bravo Pelayo engrandeció su pequeño Estado, avanzando hasta León y haciéndose dueño de varias plazas de importancia; echando así los cimientos de aquella poderosa monarquía, cuyos descendientes debían perseguir á su vez á los mahometanos hasta en las mismas estribaciones del Atlas.

Los moros, que no soñaban más que con la conquista de nuevos países, siguieron prestando poca atención á los esfuerzos de Pelayo, teniendo confianza en reducirlo fácilmente cuando fueran ya dueños de la Francia. Este solo deseo era el que animaba el alma ardiente y ambiciosa del nuevo gobernador Abderramán.

Su valor, su pericia, hasta el mismo prestigio de que se hallaba poseído, le hacían considerar esta conquista como fácil; pero bien pronto debía hallar el desengaño.

El heróico Carlos Martel era á la sazón jefe del palacio, bajo los últimos príncipes de la primera rama, ó mejor dicho, Carlos era el verdadero rey de los franceses y de los germanos.

El duque de Aquitania, Eudes, señor de la Guienne y de la Gascuña, había tenido largas cuestiones con el héroe francés, y demasiado débil para resistirle por sí solo, buscó la alianza de un moro nombrado Munuza, gobernador de Cataluña, y enemigo encubierto de Abderramán. Estos dos vasallos se unieron, pues, para combatir á sus respectivos soberanos, y con objeto de asegurar aún más aquella alianza, y á pesar de la diferencia de religión, el cristiano no dudó en entregar su propia hija al caudillo musulmán, y la princesa Numerancia casó con un moro, como en otro tiempo la reina Egilona se unió á Abdélazis.

Mas Abderramán, instruído á tiempo de aquella alianza, y adivinando su objeto, reune un fuerte ejército y marcha á Cataluña; cerca aquí á Munuza, el cual intenta huir, aunque en vano, pues perseguido de cerca por sus contra-

rios y sin esperanza ya de salvación, antes que entregarse prefiere darse á sí mismo la muerte.

No contento con la derrota de Munuza, Abderramán atraviesa las montañas, llega á Navarra y entra en la Guienne, cercando y tomando la importante ciudad de Bayona.

Eudes, á la cabeza de su ejército, pretende oponérsele, pero es vencido en el primer encuentro. Todo se doblega ante las armas de los musulmanes. Abderramán prosigue su triunfal marcha, asola el Perigord, el Saintonge, el Poitu, llega á la Turena, y no se detiene sino ante las banderas del ejército de Carlos Martel.

Este marchaba al encuentro del árabe, seguido de las tropas de Francia, de Austria y de Borgoña, y precedido de aquellos viejos guerrilleros acostumbrados á vencer siempre bajo su mando. El duque de Aquitania se incorporó también con los suyos, y al cual, Carlos, olvidando antiguos agravios y no atendiendo más que al peligro común, le recibió con todos los honores debidos á su rango.

Y este peligro era inminente; la suerte de Francia, de la Germania, de todos los pueblos cristianos, iba á depender de aquella batalla.

Abderramán era un digno rival del caudillo francés; valiente como él, acostumbrado á ven-

cer, seguido de un ejército numeroso, rodeado de bravos y expertos capitanes, y con un gran deseo de realizar su constante anhelo, de someter el único país que aún les quedaba por conquistar á los árabes del antiguo imperio romano.

La acción fué larga, ruda, sangrienta. En ella halló la muerte Abderramán, lo cual decidió el éxito de la lucha en favor de los cristianos.

Aseguran los historiadores que perecieron allí más de trescientos mil combatientes. Este número es sin duda exagerado; pero sí es muy verosímil que pocos árabes pudieron llegar á sus hogares, perseguidos por una parte por sus vencedores, y expuestos por otra á la venganza de los pueblos cristianos por donde pasaban á la desbandada.

Este memorable hecho de armas, sobre el cual se encuentran pocos detalles en los historiadores de aquella época, salvó á Europa del yugo de los sarracenos, y fué como el término del preponderante poderío de éstos.

Después de la muerte de Abderramán, España fué desgarrada por las divisiones y luchas intestinas de dos gobernadores nombrados sucesivamente por los califas. Aún no terminadas éstas, cuando llega de Africa un tercer pretendiente, al cual, poco tiempo después, le sigue

un cuarto. Todo es confusión y desorden: las facciones se multiplican, los diversos bandos vienen á las manos, muchos jefes mueren asesinados, las principales ciudades son saqueadas por la chusma, y hasta provincias enteras son desvastadas por los secuaces de unos y otros partidos, convertidos en bandas de foragidos.

Estas guerras civiles duraron cerca de veinte años, y no ofrecen interés para la historia.

Mas los cristianos supieron aprovecharse bien de esta tregua que les ofrecían las rencillas de los mahometanos entre sí.

Alfonso I, yerno y sucesor de Pelayo, siguiendo el camino que le trazara éste, conquista á León y una buena parte de Galicia, derrota en varios encuentros á sus enemigos y apoderándose de muchas plazas fuertes pertenecientes á éstos, llega así á constituir un Estado respetable.

Los moros siempre, ocupados en sus interiores disensiones, seguían no prestando atención á los progresos que hacía el nuevo reino gobernado por Alfonso; mas al fin, y después de mucha sangre derramada, un tal Yusuf logra imponerse á los demás, y se proclama gobernador de España en nombre de los califas, eligiendo á Córdoba por su capital.

Por este tiempo tuvo lugar en Oriente un

acontecimiento memorable, que influyó poderosamente en los destinos de España.

Aquí es donde empieza la segunda época del imperio de los árabes. Mas para la mejor inteligencia de los hechos, se necesita volver, siquiera por breve espacio de tiempo, á la historia de los califas.

ÉPOCA SEGUNDA

LOS CALIFAS DE OCCIDENTE, REYES DE CÓRDOBA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO VIII HASTA PRINCIPIOS DEL XI.

I

Ya hemos visto, aunque á la ligera, como bajo el mando de los tres primeros califas, Abubekr, Omar y Othman, los árabes, aunque conquistadores de la Siria, de Persia y de una gran parte de Africa, habían conservado sus antiguas costumbres, su sencillez, su profunda obediencia á los sucesores del profeta, y su desprecio hacia el lujo y las riquezas. ¿Pero qué pueblo podría resistir sin relajarse viviendo en medio de tanta prosperidad? Así, los vencedores volvieron las armas contra ellos mismos, ol-

vidaron la práctica de las virtudes que les hicieran invencibles, y desgarraron con sus propias manos el imperio que habían fundado.

Estos males dieron comienzo con el asesinato de Othman. Para sucederle se nombró al compañero inseparable, al hijo adoptivo del profeta, á Alí, el cual era muy querido y considerado por los musulmanes, tanto por su espíritu recto y la bondad de su carácter, cuanto por ser el esposo de Fátima, hija única de Mahoma.

Moaviah, gobernador de la Siria, se negó á reconocer á Alí, y guiado por los consejos del hábil Amrú, conquistador del Egipto, hízose proclamar califa en Damasco.

Los árabes se dividieron: los de Medina siguieron á Alí, los de la Siria á Moaviah. Los primeros tomaron el nombre de *Alíes*, los segundos el de *Ommiadas*, derivado este último de Ommiah, abuelo del califa de Damasco. Tal fué el principio del cisma que aún separa á turcos y persas.

Alí consiguió vencer á Moaviah, mas no supo aprovecharse de su victoria. Poco tiempo después fué aquél asesinado, debilitándose mucho su partido con tal motivo; y aunque sus hijos hicieron grandes esfuerzos para reanimar y le-

vantar el espíritu de su pueblo, poco ó nada consiguieron. Los Ommiadas, aunque rodeados de guerras civiles y de conspiradores, pudieron permanecer en Damasco en posesión del califato.

Bajo el reinado de uno de estos príncipes, de Valid I, hemos visto á los árabes extender sus conquistas por oriente hasta el Ganges, por occidente hasta el océano Atlántico. Por lo general, los califas Ommiadas fueron poco guerreros, mas contaron con generales muy expertos, y el valor de los soldados mahometanos aún no había degenerado en astuta cobardía, como sucedió después.

El último califa de los Ommiadas, Mervan II, después de haber ocupado el trono cerca de ochenta años, fué vencido por Abdallah, de la raza de los Abásidas, próximos parientes de Mahoma, así como lo eran también aquéllos.

Mervan perdió la vida con el imperio, y en su lugar fué nombrado califa Abul-Abbas, sobrino de Abdallah, empezando con él aquella dinastía de los Abásidas, tan célebres en el Oriente por su cultura y su amor á las ciencias, y entre los cuales sobresalen Harum-al-Raschild, Almamon y Barmécides.

Los Abásidas ocuparon el trono durante cin-

co siglos, hasta que fueron depuestos por los tártaros, descendientes de Gengio Kan. Ya antes de este acontecimiento, perdieron el extenso territorio de Egipto, en donde se estableció otra dinastía con título de califa, denominada *Fatimista*, por pretender descender de Fátima, hija de Mahoma.

El imperio de los árabes fué, pues, deshecho, y este pueblo, volviendo al país que fué su cuna, Arabia, es en la actualidad lo que fué antes de aparecer Mahoma.

Cuando el cruel Abdallah hubo colocado á su sobrino Abul-Abbas en el trono de los califas, formó el terrible designio de exterminar á todos los Ommiadas.

Como entre los árabes la poligamia es permitida, y tener un número crecido de hijos lo consideran como un don del cielo, no es raro hallar entre ellos muchos centenares y aun millares de individuos pertenecientes á una misma familia. Así, Abdallah, desesperado por no poder aniquilar por completo la raza de sus enemigos, á los que el temor había dispersado por todas partes, concedió una amnistía á todos los Ommiadas que se presentaran á él.

Estos desgraciados, creyendo en su palabra, fueron á implorar el perdón echándose á sus

pies; pero aquel mónstruo, viéndolos ya reunidos, ordenó que fueran cercados por sus soldados, los cuales les dieron muerte ante sus propios ojos. Después de esta espantosa carnicería, Abdallah dispuso que sus cuerpos se extendieran sobre el pavimento, cubriéndolos con tablas y tapices de Persia, y sobre esta horrible mesa, hizo servir á sus oficiales un opíparo banquete.

Y en verdad que espanta la sola narración de estos hechos, que retratan gráficamente el carácter y las costumbres de aquellos conquistadores.

Mas, en aquella hecatombe no todos los Ommiadas perecieron, aun cuando tan sólo uno fué el que se salvó, el príncipe Abderramán, que, errante, fugitivo, pudo llegar á Egipto, ocultándose en el desierto.

Los moros de España, siempre fieles á los Ommiadas, aun cuando su gobernador Yusef había reconocido á los Abásidas, no bien llegó á su conocimiento que existía un descendiente ilustre de aquella dinastía, cuando despacharon emisarios secretos para ofrecerle la corona.

Abderramán no dejaría, sin duda, de considerar las luchas que habría de entablar para asegurar su poder en un país tan perturbado; mas dotado de un alma grande y esforzada,

educada en la cruel escuela de la desgracia, no dudó en aceptar, y tomando pasaje con algunos pocos que le siguieron hasta el desierto, llega á España y desembarca en la costa comprendida entre el cabo de Gata y la ciudad de Málaga.

El joven y esclarecido príncipe se atrajo pronto las simpatías de sus nuevos súbditos, y reuniendo un ejército regular con los voluntarios que á diario se le presentaban, entra en Sevilla y marcha después sobre Córdoba, capital de los estados musulmanes.

Yusef, en nombre de los Abásidas, intenta en vano oponérsele; pues es vencido en muy poco tiempo por el valeroso príncipe. Córdoba es al fin conquistada en favor de la nueva dinastía, á la que siguen después otras diferentes ciudades.

II

Abderramán es proclamado, no ya sólo como rey de España, sí que también como califa de Occidente, declarándose así independiente de los soberanos de Oriente.

El nuevo califa eligió á Córdoba por capital de su reino. Pero poco tiempo pudo gozar de paz. Por un lado las revueltas suscitadas por los Abásidas, por otro las constantes irrupciones de los reyes de Asturias y León en sus estados, y por último las expediciones de los franceses sobre Cataluña, ocuparon sin cesar toda su atención y actividad.

Pero Abderramán con su valor y su pericia logra al fin triunfar de tantos peligros, y aun en medio de éstos no se olvida de cultivar las ciencias y las bellas artes. En su tiempo se fundaron aquellas escuelas de Córdoba, en donde se enseñaban la astronomía, las matemáticas, la medicina y la retórica. El mismo califa era un poeta de gran inspiración, conservándose hasta

hoy algunas de sus composiciones. Desde luego, fué considerado como el hombre más elocuente de su siglo.

Abderramán fortificó y embelleció su capital, construyendo un palacio magnífico, rodeado de espléndidos jardines en los que crecían las plantas más raras de Africa y Asia. Se dice que este monarca fué el primero que mandó traer palmeras del Egipto para propagarlas en su patria adoptiva.

Mas en lo que Abderramán puso todo su cuidado fué en la construcción de la gran mezquita, empezada por él y terminada en tiempo de su hijo y sucesor, Hacham. Este monumento es todavía la admiración de los viajeros que visitan la ciudad de Córdoba. Según se dice, los españoles no han conservado más que la mitad del edificio. Aun así, cuéntanse en él más de trescientas columnas de mármol y jaspe, las cuales sostienen la techumbre. En tiempo de los moros entrábase allí por veinticuatro puertas de bronce, casi enteramente cubiertas de adornos de oro, y durante la noche se alumbraba su recinto con cuatro mil setecientas lámparas.

Según precepto del Alcorán, á esta mezquita iban á orar todos los viernes los califas en compañía del pueblo, á los cuales se unían los pe-

regrinos mahometanos que en gran número acudían desde los más apartados rincones de España, del mismo modo que hoy van los de Oriente á la Meca.

La fiesta llamada del grande y del pequeño *Beiram*, que corresponde á la Pascua de los judíos, era celebrada con gran solemnidad é inusitada pompa, así como la del principio de año y la del *Milud*, ó aniversario del nacimiento de Mahoma.

Cada una de estas fiestas duraba ocho días, y en ellas se suspendía todo trabajo, invirtiéndose el tiempo en orar, hacerse presentes, visitar é inmolar víctimas. Las familias, reunidas, olvidaban por un momento sus mutuos resentimientos, se juraban una perpetua amistad y se entregaban á todos los placeres permitidos por la ley. De noche, la ciudad entera aparecía iluminada y las calles cubiertas de olorosas flores. En los paseos y plazas públicas, los sistros, los oboes, las tiorbas, unidos á los cantos populares, atronaban el espacio con su algazara. Y, en fin, para celebrar la fiesta, los ricos repartían abundantes limosnas, uniéndose así las bendiciones de los pobres á los cánticos de alegría general.

Educado Abderramán en la suntuosa corte

de los califas de Oriente, trajo á España aquel gusto por las fiestas espléndidas. Reuniendo en su calidad de califa, así el imperio como el sacerdocio, reglamentó las ceremonias, y ordenó que éstas se celebrasen con toda la pompa, con toda la magnificencia con que se acostumbraba en Damasco.

Aunque enemigo del cristianismo, y contando con muchos católicos entre sus súbditos, nunca persiguió á éstos ni los vejó; mas sí privó á las ciudades de sus obispos y á las iglesias de sus sacerdotes, facilitando al mismo tiempo los matrimonios entre las dos razas, y haciendo más daño á la religión cristiana con tal prudente tolerancia que con el extremo rigor, que fué la norma de conducta de sus antecesores, los gobernadores musulmanes.

Abderramán, que poseía ya á España entera, desde Cataluña al Océano, murió después de treinta años de un glorioso reinado dejando la corona á Hachan, el tercero de sus once hijos.

A la muerte de aquel príncipe, volvió á turbarse la paz en el imperio de los moros, á causa de las pretensiones al trono de los hermanos del nuevo califa y de los tíos de éste.

Estas contiendas eran casi inevitables en un gobierno despótico, en el cual el orden de suce-

sión no estaba reglamentado por ninguna ley; era suficiente pertenecer á la familia reinante, para creerse con derecho á ocupar el trono, y como casi todos los califas dejaron un número crecido de hijos, cada uno de éstos fué por regla general un pretendiente, que empezaba por crearse un partido con los descontentos y terminaba por apoderarse de alguna ciudad mal defendida, donde se hacía proclamar soberano por los suyos. De aquí esos numerosos y pequeños estados, que se levantaban y desaparecían á cada instante, y aquellos reyes vencidos, depuestos ó asesinados de que está llena la historia de los moros de España.

Hacham, y después su hijo Abdélazis-el-Hakkam, se sostuvieron en el califato á pesar de estas guerras civiles que constantemente perturbaron el imperio.

El primero terminó la grandiosa mezquita empezada por su padre, Abderramán, y hasta llevó en una ocasión sus armas á Francia, penetrando sus generales en el centro de la Narbona.

El segundo, menos feliz que aquél en sus empresas, combatió con diverso resultado contra los españoles y contra sus súbditos rebeldes, siendo asesinado en un motín. Le sucedió su hijo, Abderramán II.

Este fué un buen monarca, y durante su reinado, los cristianos empezaron á equilibrar su poder con el de los moros. Aquéllos supieron aprovecharse de las disensiones de sus enemigos para ensanchar sus dominios. Alfonso *el Casto*, rey de Asturias, hábil político y esforzado caudillo, aumentó bastante en este tiempo sus estados. Ramiro, su sucesor, sostuvo su independencia y venció en varios encuentros á sus enemigos; Navarra se erigió en reino; Aragón eligió sus soberanos cristianos, creándose un gobierno esencialmente popular, con leyes que garantizaban los derechos de los ciudadanos. Los gobernadores de Cataluña, sometidos desde hacía tiempo á Francia, también se hicieron independientes. Todo el norte de España se declaró, en fin, enemigo de los moros, mientras el mediodía se vió amenazado con la irrupción de los normandos.

Mas en medio de tantas dificultades, y á pesar de tantos adversarios como le acosaban, Abderramán II se defendió valerosamente, mereciendo por su pericia militar el sobrenombre de *Elmuzaffer*, que quiere decir el *Victorioso*.

Y no fueron obstáculo las continuas guerras á que tuvo que atender aquel monarca para que se olvidara de embellecer su capital, construyen-

do en ésta otra grande y magnífica mezquita, y un acueducto por medio del cual y en tubos de plomo iba el agua á repartirse por la ciudad.

Fué este soberano protector decidido de las bellas artes, lo que atrajo á su corte á los sabios y á los poetas, entreteniéndose él mismo en sostener con ellos discusiones sobre algún punto de doctrina. Fundó tambien en Córdoba una escuela de música, haciendo venir de Oriente al famoso Alí-Ze-riab, cuyas composiciones tanto renombre alcanzaron, y á quien se le atribuye la invención de algunos cantos populares españoles.

En fin, bajo el reinado de Abderramăn II, Córdoba fué la morada de las ciencias, de las artes y de los placeres.

Dejó este rey de sus diferentes mujeres cuarenta y cinco hijos y cuarenta y una hijas. El primogénito, Mahomed, le sucedió.

Los reinados de Mahomed, Almucir y Abdallah no ofrecen durante un espacio de sesenta años, más que una serie de continuos trastornos, sediciones y levantamiento de ciudades, cuyos gobernadores aspiraban á hacerse independientes.

Por este tiempo, Alfonso el *Grande* rey de Asturias, ensancha grandemente su territorio.

Los normandos, por otra parte, vuelven á aparecer en Andalucía. Toledo, muchas veces vencida, mas siempre rebelde, llega al fin á tener sus reyes propios. Zaragoza imita su ejemplo. La autoridad del califa es desconocida, y su imperio, estremeciéndose por todas partes, parece pronto á derrumbarse, cuando Abderramán III, sobrino de Abdallah, sube al trono y logra reanimar por algún tiempo el decadente poderío de Córdoba.

Este príncipe, cuyo solo nombre esa ya un buen presagio para los moros, tomó el título de *Emir-al-munemin*, que significa *Príncipe de los verdaderos creyentes*.

Este califa dió principio á su reinado con el triunfo de sus armas en varias é importantes batallas. Lo que sus predecesores no pudieron conseguir, lo logró él: los rebeldes fueron deshechos y castigados, y sus facciones dispersas. El orden y la paz volvieron á imperar allí donde antes todo era confusión y guerra.

Atacado de improviso por los cristianos. Abderramán tuvo que recurrir á Africa en demanda de socorro, logrando al cabo dominar la situación. Sostuvo largas guerras con los reyes de León y los condes de Castilla, tomándole éstos la villa de Madrid, entonces de poca importan-

cia. Batido algunas veces, otras pocas vencedor, mas siempre grande y respetado, supo reparar sus pérdidas y aprovecharse con prudencia de sus victorias. Profundo político y hábil capitán. excitó las rivalidades entre los príncipes españoles, llevando por doce veces sus armas hasta el centro mismo de los estados de éstos.

Este califa fué el que creó aquella forminable armada, compuesta de muchos y poderosos navíos, con la cual se hizo dueño del Mediterráneo, y conquistó á Seldjemene y Ceuta en la costa de Africa.

A pesar de las continuas guerras que le ocuparon durante todo su reinado, á pesar, también, de los enormes gastos que le reportaban sus ejércitos, sus flotas y los socorros que recibía de Africa, Abderramán ostentaba en su corte tal lujo, tal magnificencia, que sus detalles parecerían una fábula, si no estuvieran atestiguados por todos los historiadores de aquella época.

El emperador Constantino IX, hijo de León, deseando oponer á los califas de Bagdad un competidor capaz de resistirles, envió embajadores á Córdoba para tratar de su alianza con Abderramán. Este, orgulloso al ver que de tan luengas tierras venían los cristianos á implorar

su apoyo, desplegó en la recepción de aquéllos toda esa pompa á que tan aficionados son los asiáticos.

El monarca moro envió á Jaén varios magnates del imperio con lucido acompañamiento, para recibir á los delegados griegos. A todo lo largo del camino por donde la comitiva debía pasar, se situaron diversos cuerpos de caballería. Las avenidas del palacio estaban cubiertas por una infantería no menos numerosa y brillante. Las fachadas aparecieron cubiertas con ricos tapices de Persia y Egipto, y las murallas con colgaduras de seda bordadas de oro.

Sobre un trono magnífico, rodeado de su familia, de los visires y de lo más escogido de la corte, esperaba el califa á los embajadores. En el salón lucían las incalculables riquezas artísticas acumuladas por los monarcas moros. El *hadjed*, dignidad que entre los árabes equivalía á la de los antiguos gobernadores de palacio, introdujo á los enviados griegos. Deslumbrados éstos por tal magnificencia y aparato, se prosternan ante Abderramán, entregándole la carta de Constantino, escrita en un pergamino azul encerrado en una caja de oro.

El califa firmó el tratado de alianza, llenó de presentes á los embajadores, y dispuso que és-

tos fueran acompañados por numerosa comitiva hasta los mismos muros de Constantinopla.

El califato de Córdoba se componía entonces de Portugal, Andalucía, los reinos de Granada, Murcia y Valencia y la mayor parte de Castilla la Nueva, es decir, la mejor porción de España. Estas provincias estaban todavía muy pobladas, y los moros habían levantado en ellas la agricultura al más alto grado de perfección.

Los historiadores aseguran que solamente en las riberas del Guadalete, existían doce mil pueblos, y que no se andaba por la campiña un cuarto de hora sin encontrar un poblado. Los estados del califa contaban con ochenta grandes ciudades, trescientas de segundo orden y un número considerable de aldeas y caseríos. La capital, Córdoba, encerraba entre sus muros doscientas mil casas y novecientos baños públicos.

Mas todo ha cambiado desde entonces. Y la razón es bien sencilla: los moros, vencedores de los españoles, no persiguieron á éstos; en cambio, los segundos, cuando les llegó su vez, expulsaron á los primeros.

La renta de los califas de Córdoba se hacía ascender á doce millones de dineros de oro, equivalentes á ciento treinta millones de pesetas. Independientemente de las contribuciones en

moneda existían otros impuestos en especie; y ya se podrá colegir á cuanto se elevarían éstos en un pueblo agricultor y laborioso, poseedor del más rico país del universo. Las minas de oro, de plata, de plomo y otros preciados metales, que abundaban sobre todo en Andalucía, constituía otra no despreciable fuente de recursos.

Y el comercio enriquecía á súbditos y soberanos. Aquél dividíase en varios ramos: seda, aceite, azúcar, cochinilla, hierro, lana, la mejor ésta por entonces conocida, ámbar gris, alcarabea, amianto, antimonio, talco, marquesita, cristal de roca, azafrán, azufre, gengibre. Todas estas mercancías eran objeto de muchas é importantes transacciones y daban ocupación á un número considerable de individuos. El coral, que entonces se pescaba en las costas de Andalucia; las perlas, en particular las de Cataluña; los rubíes, de los que se habían descubierto dos minas, una en las cercanías de Málaga y otra en Berja; todos estos productos, ora en bruto, ya manufacturados, eran transportados á Africa, á Egipto, al extremo Oriente.

Los emperadores de Constantinopla, obligados aliados de los califas de Córdoba, favorecían este comercio, que venía á aumentar el muy im-

portante que se hacía por las extensas costas de la Península, de Italia y Francia.

Las artes, hijas naturales del comercio, añadieron un nuevo brillo al reinado de Abderramán. Los palacios, los jardines, de gran renombre en todo el mundo, las mismas fiestas magníficas y suntuosas de su corte, atraían de todas partes á artistas y arquitectos. Era, pues, Córdoba, por decirlo así, como el centro de la industria y el asilo de las ciencias. La geometría, la astronomía, la química, la medicina, tenían sus escuelas, que después se hicieron célebres, y de las cuales salieron, entre otros, Averróes y Abenzóar.

Los poetas, los filósofos, los médicos árabes, gozaban de tal fama, que Alfonso *el Grande*, rey de Asturias, deseando hallar hombres capaces de instruir á su hijo, el príncipe Ordoño, tuvo que recurrir á preceptores moros, á pesar de la diferencia de religión; y uno de los sucesores de aquel rey, Sancho, de León, atacado de una hidropesía, considerada por los suyos como incurable, no tuvo inconveniente en ir á Córdoba en persona, para ponerse en manos de los cirujanos de su enemigo Abderramán, los cuales consiguieron curarle. Este hecho singular en aquellos tiempos de tan terribles guerras de razas, hace tanto honor á los sabios musulmanes

por su acierto y su humanidad, como al califa por su generosidad y al rey cristiano por su noble confianza.

Tal era el estado de Córdoba bajo el reinado de Abderramán III. Este ocupó el trono más de cincuenta años, y ya se ha visto cómo supo gobernar. Pero nada podría dar una idea de las cualidades de este príncipe, y hasta qué punto estaba elevado sobre el nivel de los demás sus contemporáneos, como el escrito trazado por su propia mano, que se halló entre sus papeles después de su muerte, el cual decia así: «Cincuenta años han pasado desde que empecé á ocupar el califato. Riquezas, honores, placeres, de todo he gozado, y todo me ha hastiado. Los reyes, mis rivales, me estiman, me respetan y hasta me envidian. Cuanto los hombres desean me lo ha concedido el cielo. Y me he puesto á calcular, y he contado los días en que verdaderamente he sido dichoso durante tan largo espacio de aparente felicidad, y su número no pasa de catorce. Mortales ¡ved lo que es el poder, el mundo y la vida humana!»

Este monarca tuvo por sucesor a su hijo primogénito Abul-Abbas Al-Hakhen, quien, lo mismo que su padre, tomó el título de *Emir al munemín.*

III

El coronamiento de Hakhem se efectuó con gran pompa en la villa de Azarah. El nuevo califa recibió el juramento de fidelidad de los jefes de la *guardia scytha*, cuerpo de ejército muy importante compuesto de extranjeros, y que fué creado por Abderramán III. Los hermanos, los parientes todos del monarca, los visires, y el primero entre éstos el *hadjed*, los eunucos blancos y negros, los arqueros y coraceros de la guardia, juraron asimismo obedecer al soberano. Esta ceremonia terminó con los funerales de Abderramán, cuyo cuerpo fué trasladado á Córdoba para ser enterrado en el panteón de sus abuelos.

Hakhem no poseía las dotes militares de su padre, pero tan hábil y prudente como éste, logró vivir tranquilamente; su reinado fué el de la paz y la justicia.

Los esfuerzos, la vigilancia de Abderramán, habían apagado las discordias entre los suyos.

Luego, los reyes cristianos, divididos y en pugna unos contra otros, no pensaban en inquietar á los moros. La tregua pactada por éstos con Castilla y León sólo una vez se rompió, y en ésta, el califa que mandaba en persona sus tropas, obtuvo la victoria, y aun conquistó algunos pueblos á los españoles.

Durante el resto de su reinado, Hakhem se dedicó casi por completo á hacer felices á sus vasallos, á cultivar las ciencias, á acumular en su palacio una cantidad inmensa de libros, y sobre todo á hacer cumplir y respetar las leyes.

Estas leyes eran tan pocas en número como sencillas. Entre los moros no existía en rigor código civil, sino que era el mismo religioso del que se servían en su caso. Su jurisprudencia se reducía á la aplicación de los principios contenidos en el Alcorán. El califa, como jefe supremo de la religion, podía, sí, interpretar dichos principios, pero nunca infringirlos. Todas las semanas, una vez por lo menos, oía en audiencia pública las quejas de sus vasallos, interrogaba á los acusados, y sobre el terreno disponía el castigo de los culpables. Los gobernadores nombrados por él para las provincias y las ciudades, mandaban militarmente, percibían los impuestos, administraban justicia en su nombre, y res-

pondían de los desafueros de sus subalternos.

Otros funcionarios públicos, versados en las leyes llenaban las funciones de notarios, dando forma jurídica á los actos ó contratos que aseguraban la propiedad; y cuando algún hecho daba lugar á pleitos, ciertos magistrados llamados *cadíes*, muy respetados así del pueblo como del soberano, intervenían en ellos. Mas los procedimientos no eran largos: los abogados, los procuradores eran desconocidos; nada de gastos ni de subterfugios; las mismas partes se defendían y la sentencia se ejecutaba en el momento.

No más complicada que la civil, era la jurisprudencia criminal; casi siempre se imponía la pena del talión, recomendada por el profeta. Los ricos, en verdad, podían comprar con dinero la sangre por ellos derramada; pero era condición precisa en este caso el que los parientes del muerto ó del herido consintieran en ello; el mismo califa no se hubiera atrevido á impedir el castigo de su hijo culpable de homicidio, si la familia del muerto no quería perdonar.

Acaso un código tan sencillo no fuera del todo suficiente; pero la suprema autoridad de los padres sobre los hijos, de los esposos sobre las esposas, suplía en parte las leyes que faltaban.

Los árabes habían conservado de sus antiguas costumbres patriarcales, aquel respeto, aquella sumisión, aquella obediencia pasiva de la familia hacia su jefe. Cada padre en su casa, tenía los mismos derechos que el califa; juzgaba sin apelación las cuestiones entre sus mujeres y sus hijos, castigando severamente las más pequeñas faltas, y pudiendo hasta imponer la muerte respecto á ciertos crímenes. La ancianidad era muy respetada; un hombre anciano era como un objeto sagrado, y su sola presencia hacía cesar los desórdenes y las pendencias. El joven más fogoso ó atrevido bajaba los ojos y escuchaba pacientemente las amonestaciones de aquél que se presentaba bajo el aspecto de una barba blanca.

Estas costumbres, que valen más que las leyes, se guardaban fielmente en Córdoba. El sabio Hahkem era el primero en respetarlas y fomentarlas, y he aquí un hecho que así lo demuestra:

Una pobre mujer de Medina-Azarah, poseía un pequeño campo contiguo á los jardines del califa. Hahkem, quiso construir un pabellón en aquel campo, y mandó á uno de sus servidores para que se entendiera con la dueña respecto al precio, que debería entregarle después su te-

sorero. Mas aquélla rehusó todos los ofrecimientos, alegando que quería conservar aquella heredad que fué de sus padres.

Hahkem ignoró sin duda aquella resistencia; pues el intendente de los jardines, creyendo así servir mejor los deseos de un rey déspota, se posesionó á viva fuerza del terreno, y construyó el pabellón.

La pobre mujer, desesperada, corre á Córdoba para contar su desgracia al cadí Béchir, y consultarle sobre lo que debería hacer.

El cadí pensó que el príncipe de los creyentes no tenía más derecho que otro cualquiera para apoderarse de los bienes ajenos; y pensó en la manera como debería recordarle esta verdad, que aun los más justos están expuestos á olvidar muchas veces.

Un día que Hahkem, rodeado de su corte, fué á visitar el nuevo pabellón construído sobre el terreno de la pobre mujer, se vió llegar al cadí Béchir montado sobre un asno y llevando en la mano un saco vacío.

El califa, sorprendido, le pregunta qué quiere.

—Príncipe de los creyentes—responde Béchir;—vengo á pedirte permiso para llenar este saco con la tierra que oprimen tus pies.

Hahkem, sonriendo, le invitó á que llevara á efecto su deseo.

El cadí llenó de tierra el saco, lo dejó en el suelo y se aproximó al califa, suplicándole que fuera hasta lo último complaciente, ayudándole á cargar el saco sobre el asno.

Hahkem ríe aún más de esta extraña proposición; la acepta de buen grado, y va á levantar el saco; mas pudiendo apenas moverlo, lo deja caer, pretextando su enorme peso.

—Príncipe de los creyentes—dice entonces Béchir con mesurada gravedad,—este saco que encuentras tan pesado no contiene más que una pequeña parte de la tierra usurpada por tí á uno de tus súbditos. Ahora dime: ¿cómo podrás tú sostener el peso de este campo el día que aparezcas ante el supremo juez á dar cuenta de tal iniquidad?

Hahkem, admirado de aquel gran ejemplo, corre á abrazar al cadí, le da gracias por su aviso, y entrega en el acto á la pobre mujer, no tan sólo el campo de que se le había despojado, si que también el pabellón y cuantas riquezas contenía.

Un déspota capaz de una tal acción, no puede comparársele más que con el cadí que le obligó á realizarla.

Hahkem murió después de quince años de reinado. Le sucedió su hijo Hacham.

Este príncipe era todavía muy niño cuando subió al trono. Su infancia, puede decirse que duró toda su vida, pues antes y después de su minoridad, un moro, muy célebre por sus hechos, llamado Mahomed Almanzor, ya revestido con el importante cargo de *hadjed*, fué el que verdaderamente gobernó sus estados.

Almanzor, que al par de ser un genio en política poseía las más relevantes dotes como general, reinó veinticinco años bajo el nombre del indolente Hacham; siendo durante todo este tiempo el más terrible enemigo que hasta entonces tuvieran los cristianos.

El caudillo mahometano llevó sus armas hasta cincuenta y dos veces sobre Castilla y Asturias, tomando y saqueando las ciudades de Barcelona y de León, y llegando hasta Compostela destruye su famosa iglesia, cuyas riquezas transportó á Córdoba.

Por un momento parece que los árabes vuelven á su antigua pujanza guiados por un tal caudillo, que de tal suerte hacía respetar el nombre de su señor, del débil califa que durante todo este tiempo se adormía allá en su palacio de Córdoba en brazos de los placeres. Mas

aquello sólo fué como un relámpago en la vida del imperio de los Ommiadas.

Los reyes de León y de Navarra y el conde de Castilla se unieron para resistir al terrible Almanzor. La ocasión de medirse las armas no se hizo esperar mucho. Muy cerca de Medinaceli se encontraron los dos bandos. La lucha fué larga y terrible; mas al fin los moros emprendieron la huída. Tan grande fué la impresión que este primer revés produjo en el alma del insigne caudillo moro, que al cabo de muy corto tiempo murió. Con él perecieron también la fortuna de los árabes; en cambio, los españoles empezaron desde aquel momento á ensanchar sus dominios con las pérdidas de aquéllos.

Los hijos de Almanzor reemplazaron sucesivamente en el poder á su padre; mas, si heredaron su valor, no así su talento. Las facciones volvieron á enseñorearse del imperio. Un pariente del califa se levanta en armas y logra apoderarse de la persona de Hacham, á quien encierra en una prisión; pero entre el pueblo se extiende la voz de que había muerto violentamente.

Estas nuevas llegaron á Africa, de donde bien pronto parte para España un príncipe Ommiada con un numeroso ejército para vengar á

Hacham. El conde de Castilla, que ya tenía noticias de esta expedición, se une á ella.

El imbécil Hacham, juguete de todos los partidos, es colocado de nuevo en el trono, del cual tiene que renunciar poco después para escapar de la muerte.

En este tiempo, los reyes cristianos recuperan los pueblos que Almanzor había conquistado; mientras Córdoba arde en discordias y guerra civil, que muy luego se extiende á las demás provincias musulmanas de España.

Una multitud de conjurados se hicieron proclamar sucesivamente califas; algunos sólo pudieron reinar algunas horas, y todos fueron depuestos, encarcelados ó decapitados.

Un descendiente de los Ommiadas, Almudir, osa reivindicar su derecho al trono aun en medio de tantos trastornos y combates. Sus amigos le hacen ver los peligros á que se expone; mas el ambicioso joven les contesta:

—Que reine yo tan solo un día, aunque al siguiente perezca.

El pronóstico se realizó en su parte más triste: Almudir fué muerto antes de ser califa.

Los usurpadores se sucedían sin interrupción; eran soberanos de un momento. Jaimar-ben-Mahomed fué el último de ellos, y con él ter-

mina en 1060 el imperio de los califas de Occidente, que durante tres siglos fué regido por los Ommiadas.

Durante los últimos acontecimientos, el poderío de Córdoba decayó. Los gobernadores de varias importantes provincias, aprovechándose de la anarquía que por doquier reinaba, se proclamaron soberanos independientes. La ciudad de Abderramán dejó de ser la capital de un reino: tan sólo le quedó la supremacía religiosa, que debía á su gran mezquita.

Desunidos, debilitados por tantas y tan largas luchas civiles, los moros no estaban ya en condiciones de poder resistir á los cristianos españoles. Así, esta tercera época de su historia, sólo ofrece el triste cuadro de su decadencia.

ÉPOCA TERCERA

PRINCIPALES REINOS LEVANTADOS SOBRE LA RUINAS DEL CALIFATO

DESDE PRINCIPIOS DEL SIGLO XI HASTA LA MITAD DEL XIII

I

DESDE principios del siglo XI, cuando el trono de Córdoba se tenía cada día con la sangre de un nuevo usurpador, los gobernadores de las principales ciudades se arrogaban, como hemos visto, el título de reyes. Toledo, Zaragoza, Sevilla, Valencia, Lisboa, Huesca, así como otras plazas menos importantes, tuvieron sus soberanos particulares.

La historia de estos numerosos monarcas resultaría tan enojosa para el lector como para el escritor; en el largo espacio de doscientos años

no presenta aquélla más que una larga serie de sediciones y matanzas, de pillaje y de traiciones, de pueblos y fortalezas perdidos y reconquistados, y alguno que otro hecho aislado digno de mención en medio de tantos y tan grandes crímenes.

Entre aquellos hechos, merecen citarse dos: el rey de Toledo, Almamón, y el de Sevilla, Bénabad, dan seguro asilo en sus respectivas cortes, el uno á Alfonso, monarca de León, y el otro al infortunado García, de Galicia, los dos lanzados de sus estados por su hermano Sancho de Castilla. Este persiguió á aquéllos como pudiera haberlo hecho con sus más crueles enemigos; en cambio los príncipes moros, á pesar de la enemistad de las dos razas, recibieron á los dos proscriptos cual si fueran sus deudos más queridos.

Almamón, sobre todo, prodigó las atenciones más afectuosas al desgraciado Alfonso, procurándole cuantas distracciones pudieran hacerle olvidar la pérdida de su trono, facilitándole toda clase de recursos y tratándole, en fin, cual si fuera un hijo querido.

Mas bien pronto, la muerte del implacable Sancho hizo á Alfonso dueño de León y de Castilla; y el generoso Almamón, que tenía entre

sus manos al rey de sus enemigos, no sólo le dejó marchar libremente, sino que dispone sea acompañado hasta la frontera por un lucido escuadrón de su guardia; haciéndole al mismo tiempo muy ricos presentes, y ofreciéndose para todo evento con sus tropas y su tesoro.

Alfonso III fué agradecido con el agareno: en tanto que Almamón vivió conservó la paz con él, y aun llegó á socorrerle en una ocasión en que se vió atacado por el rey de Sevilla. Después de la muerte del rey de Toledo, entró á reinar en este estado, Hacham, hijo del anterior, con quien el castellano vivió también en amistosa relación.

Pero después de un reinado bastante corto, Hacham dejó el trono á su joven hermano Iahiah, quien desviándose de la política de tolerancia seguida por sus predecesores, trató de oprimir á los numerosos cristianos que vivían en su ciudad. Estos se dirigieron entonces á Alfonso, suplicándole que fuera á atacar á Iahiah, ofreciéndole al mismo tiempo su apoyo.

El recuerdo de Almamón, á quien tanto debió el monarca castellano, hizo titubear á éste en la resolución que debía tomar; mas al fin, triunfó la ambición, y Alfonso acampó frente á los muros de Toledo.

Después de un cerco muy largo y célebre, al que concurrieron varios caballeros navarros y franceses, Toledo capituló. El vencedor permitió al hijo de Almamón el que marchara con su ejército á Valencia, cuya soberanía le reconoció, comprometiéndose asimismo bajo juramento á conservar á los moros sus mezquitas; promesa que no pudo impedir el que los cristianos la violaran después. Tal fué el fin del reino y de los reyes moros de Toledo. La antigua capital de los godos pertenecía á los musulmanes desde hacía doscientos setenta y dos años.

En poco tiempo, otros muchos principados mahometanos sufrieron igual suerte que el de Toledo. Los reyes de Aragón y de Navarra, y los condes de Barcelona, hostilizaban y asediaban sin cesar á los soberanos de los pequeños estados que aún quedaban en el Norte de España. Por su parte, Castilla y León no dejaban de molestar á los moros del Mediodía, impidiéndoles de este modo poder socorrer á sus hermanos. Y sobre todo, el *Cid*, el famoso y legendario *Cid,* seguido de un ejército invencible, reunido bajo su bandera al solo influjo de su fama, corría, volaba por toda la Península, haciendo triunfar á los cristianos cuando con éstos peleaba, y cuando no, combatiendo por cualquier

bando moro, si éstos reñían entre sí; mas siempre decidiendo la victoria por el lado á que se inclinaba.

Este insigne guerrero, mejor dicho, este héroe, acaso el más digno de alabanza de cuantos menciona la historia, unía á sus relevantes méritos militares un alma recta y grande, adornada de las más hermosas virtudes. Este simple caballero castellano, bajo cuyo mando acudían á alistarse millares de guerreros cristianos, y que llegó á hacerse dueño de muchos pueblos y castillos, ayudó al rey de Aragón á apoderarse de Huesca y conquistó con sus tropas el reino de Valencia.

Acaso tan poderoso como su mismo señor, del cual tuvo que lamentarse muchas veces, el *Cid*, envidiado y sufriendo las intrigas de los palaciegos, nunca olvidó que era súbdito del rey de Castilla. Desterrado de la corte y aun expulsado de sus dominios, va, seguido de sus bravos compañeros, á pelear contra los infieles, y cuando éstos son vencidos, les impone por condición que vayan á prestar pleito homenaje á aquel que le había ultrajado.

Llamado nuevamente por Alfonso, que necesitaba de su esfuerzo, el *Cid* suspende sus conquistas, y sin pedir reparación por los injustos

agravios recibidos, vuelve á defender con denuedo á su perseguidor, mostrándose siempre dispuesto á olvidarlo todo por su patria y por su rey.

En tanto que el *Campeador* pudo combatir, los cristianos llevaron la ventaja; pero poco antes de su muerte, ocurrida en 1099, los moros de Andalucía cambiaron de soberanos y llegaron á ser más poderosos que nunca. Desde la pérdida de Toledo, se había aumentado la población de Sevilla con la muchedumbre de emigrados que á esta ciudad habían afluído. Luego, el reino sevillano era bastante extenso, pues se componía, además de su territorio propio, del de Córdoba, Extremadura y de una gran parte de Portugal. Bénabed, que era el que gobernaba esta parte de España, fué un príncipe muy querido de su pueblo por sus virtudes, y el único enemigo temible para Castilla. Alfonso VI trató, pues, de aliarse con él, y pidió al moro su hija en matrimonio. El musulmán accedió, y la nueva reina castellana llevó en dote algunos pueblos.

Este raro himeneo que debió ser prenda de paz para las dos naciones, fué por el contrario causa, ó á lo menos pretexto para nuevas guerras.

El Africa, después de haber sido desmembrada del vasto imperio de Oriente por los fatimistas, y de haber pertenecido durante tres siglos, pasados en continuas guerras, á unos vencedores más sanguinarios que los mismos leones del desierto, fué á caer bajo el dominio de los Almoravides, tribu poderosa originaria del Egipto. Jusef Ben-Tessefin, segundo soberano de esta dinastía, fundó el imperio y la ciudad de Marruecos en 1091. Dotado este príncipe de grandes dotes militares y orgulloso de su poderío, pensó en pasar al rico país de España, como en otro tiempo Muza, para conquistarlo.

Pretenden algunos historiadores que el rey de Castilla, Alfonso VI, y su suegro Bénabed, de Sevilla, habiendo convenido en repartirse á España entera, tuvieron la imprudencia de llamar á los moros de Africa para que le ayudasen en este gran proyecto; mas otros por el contrario afirman, apoyándose en razones muy atendibles, que los reyes de los pequeños estados musulmanes, vecinos ó tributarios de Bénabed, alarmados por aquella alianza, fueron los que solicitaron el auxilio del Almoravid.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el ambicioso Ben-Tessefin, aprovechó esta ocasión para realizar su designio, y pasando el mar, ata-

ca con su ejército á Alfonso y le vence en esta primera batalla. Luego, volviendo sus armas contra Bénabed, toma á Córdoba y pone sitio á Sevilla. Ya esta ciudad iba á ser asaltada, cuando el virtuoso Bénabed tomando una resolución heroica, va á entregarse al marroquí, salvando así á sus súbditos de los horrores del pillaje, pero sacrificando su corona así como su libertad. Al monarca sevillano siguió toda su familia, compuesta de cien hijos.

El bárbaro Almoravid llevó su crueldad hasta hacer cargar de cadenas al anciano monarca; y temiendo que sus pueblos, que tanto le amaban por su extremada bondad, se levantaran en su favor, dispuso que fuera trasladado á Africa, donde sus hijas se vieron obligadas á trabajar con sus manos para mantener á su padre y á sus hermanos. El infortunado Bénabed vivió seis años en el destierro, sin desear su trono más que por sus queridos súbditos; no soportando la vida, sino por sus amados hijos, y dedicando mucha parte de su tiempo en escribir sentidas poesías, en las que consuela á su familia, y recordando su pasada grandeza, muéstrase como ejemplo á los poderosos que fian en la fortuna.

Dueño ya de Sevilla y de Córdoba, Ben-Tessefin no tardó mucho en someter á los demás

pequeños estados musulmanes. Reunidos los moros bajo el mando de aquel poderoso monarca, llegaron á constituir un serio peligro para sus vecinos. Así lo comprendieron los españoles, pues suspendiendo sus particulares querellas hicieron alianza entre sí para defenderse de los agarenos. Sucedía esto precisamente en aquel tiempo en que el sentimiento religioso de Europa llegó á su apogeo, cuando los guerreros de la cristiandad abandonaban sus familias y sus hogares para ir á pelear contra los infieles. Raimundo de Borgoña y su pariente Enrique, ambos de la estirpe real de Francia, así como el conde de Tolosa y otros caballeros, seguidos de numerosos vasallos, atravesaron los Pirineos, y fueron á alistarse bajo las banderas del rey de Castilla.

Los africanos llevaron desde luego la peor parte en los encuentros habidos, y Ben-Tessefin se vió obligado á emprender la huída, embarcándose para el Africa. En agradecimiento á los que de tal suerte le habían ayudado, Alfonso otorgó sus hijas en matrimonio: la mayor Urraca, casó con Raimundo de Borgoña, de la cual tuvo un hijo que fué después rey de Castilla; Teresa, fué esposa de Enrique, llevando en dote las tierras que éste había conquistado, además

de las que pudiera adquirir en Portugal, teniendo de aquí origen este reino; Elvira se unió al otro Raimundo, conde de Tolosa, quien la llevó consigo á la Tierra Santa, en donde con su valor fundó un nuevo Estado.

Excitados por este ejemplo, otros franceses acuden después para ayudar al rey de Aragón, Alfonso el *Batallador*, el cual había puesto cerco á Zaragoza; logrando al cabo entre todos apoderarse de este antiguo reino de los moros.

El hijo de Enrique de Borgoña, Alfonso I, rey de Portugal, tan célebre en la historia por su denodado valor, aprovechándose de una escuadra compuesta de buques ingleses, germanos y flamencos, que iban á la guerra de Tierra Santa, pone sitio á Lisboa, y después de varios encuentros encarnizados toma por asalto la plaza; desde entonces es ésta la capital del reino lusitano.

También por este tiempo, los reyes de Castilla y de Navarra extendieron sus conquistas. Los moros eran arrojados de todas partes, sus mejores plazas eran ocupadas, sin que los Almoravides hicieran grandes esfuerzos por recobrarlas.

Estaban por aquel tiempo los príncipes Almoravides muy ocupados en combatir en su

mismo territorio á un nuevo y terrible enemigo. Eran éstos unos sectarios de la religión de Mahoma, cuyo jefe, Tomrut, bajo pretexto de restablecer en su primitiva pureza la doctrina del profeta, iba preparándose el camino para el trono, lo que consiguió al fin, destronando la antigua dinastía. Dueños de Marruecos los vencedores Almohades, que así se denominaron, empezaron por destruir la raza de sus enemigos, según bárbara costumbre del Africa.

Y hay que admirar cómo en medio de tanta división, de tantas guerras y trastornos, seguíanse cultivando las bellas artes en Córdoba para gloria de los sarracenos. Ciertamente que esta población no tenía la vida ni el esplendor del tiempo de Abderramán, pero sus renombradas escuelas de filosofía, de medicina y aun de retórica, subsistían, y de ellas salieron durante el siglo XII muchos hombres notables, entre ellos Abenzóar y el famoso Averróes. El primero tan entendido en medicina como en cirugía y farmacia, vivió, según se dice, ciento treinta y cinco años, habiendo dejado escritas diversas obras muy estimadas entre los sabios. El segundo, médico también, pero al mismo tiempo filósofo, poeta, jurisconsulto y comentador, adquirió una gran reputación que los siglos han confir-

mado. La misma división que éste hizo del tiempo de su vida, puede ser ya objeto de profunda meditación; en su juventud fué apasionado por los placeres, y cultivó la poesía; ya en edad madura, quemó los versos que había escrito, estudió legislación y ocupó una plaza de juez; cuando empezó á envejecer, se ocupó en la medicina; y, en fin, al llegar al último tercio de su existencia, se entregó con entusiasmo á la filosofía, abandonando toda otra ocupación. Averróes fué el primero que extendió entre los moros el gusto por la ciencia y la literatura griegas, debiéndose á él una hermosa traducción al árabe y unos comentarios muy razonados de las obras de Aristóteles; así como también escribió diversos libros de filosofía y medicina, y gozó de la gloria de ilustrar á los hombres y serles útil al propio tiempo.

II

Mahomed-el-Nazir, cuarto monarca de la dinastía de los Almohades, á quien los españoles apellidaron el *Verde* por el color de su turbante, viéndose ya poseedor en absoluto del imperio de los moros en Africa, resolvió reunir todas sus fuerzas, para conducirlas á España, y reanudar aquí las antiguas conquistas de Tarik y Muza. En su consecuencia, hizo proclamar en sus estados la guerra Santa, y bien pronto una inmensa muchedumbre de guerreros se halló pronta para pasar el mar en busca de botín.

El ejército africano se aumenta aún más al desembarcar en Andalucía con los descontentos de este país, á quienes el soberano marroquí, lleno de confianza en su empresa, les promete hacerles dueños en muy poco tiempo de todos los países que comprende el territorio español, y que en otras edades poseyeron los hijos del Islam.

Ardiendo en deseos de llegar á las manos con el ejército cristiano, el soberano mahometano hace avanzar á su ejército, que algunos historiadores hacen elevar á seiscientos mil hombres, y llega á la frontera de Castilla.

Era á la sazón rey de este último estado Alfonso, apellidado el *Noble*, el cual, advertido de los preparativos del africano, había impetrado el auxilio de los príncipes cristianos de Europa. El papa Inocencio III, publicó una cruzada con tal motivo, por la que concedió muchas indulgencias, y el arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, que había pasado á Roma como embajador del rey católico, predicó á su vuelta por Italia y Francia en favor de la empresa de combatir á los musulmanes, logrando así decidir á muchos caballeros á seguirle.

Toledo era el lugar de la cita, adonde muy pronto se vieron llegar más de sesenta mil cruzados italianos y casi otros tantos franceses, los cuales se unieron á los castellanos que ya se hallaban organizados.

El rey de Aragón, Pedro II, el mismo que después pereció en la guerra de los Albigences, concurrió con su valiente ejército; Sancho VII, de Navarra, no tardó en aparecer al frente de sus guerreros; y los portugueses, cuyo sobera-

no acababa de morir, también se presentaron mandados por sus mejores capitanes. Toda la España cristiana tomó en fin, las armas: se trataba nada menos que de su porvenir, y acaso del de toda la cristiandad, pues nunca, desde el tiempo del rey Rodrigo, habían estado en tan inminente peligro.

Al pie de los montes llamados Sierra Morena, y en un lugar denominado las *Navas de Tolosa*, fué en donde se encontraron los dos ejércitos enemigos; mas los cristianos observaron que Mahomed se había posesionado de las alturas que dominaban el camino por donde necesariamente deberían aquéllos pasar.

El designio del africano era: ó forzarlos ó volver á atrás, lo cual los exponía á carecer de víveres, ó destruirlos impunemente desde lo alto de las estrechas gargantas, si se atrevían á adelantar.

Los reyes confederados estaban indecisos sobre el camino que debían tomar. Alfonso era partidario de marchar adelante presentando batalla al enemigo; Pedro y Sancho, por el contrario, optaban por retirarse. En esta discusión, entra un desconocido vestido de pastor en la tienda real, y se ofrece á los príncipes para conducir las tropas por senderos descono-

cidos. A éste se debió la salvación de aquel ejército.

El pastor guió á los reyes por caminos escabrosos, á través de rocas y torrentes, y así llegaron á la cumbre de la montaña, mostrándose de improviso ante los ojos de los moros que los contemplaban atónitos. Los españoles se prepararon para el combate durante dos días enteros, orando, confesando y comulgando. Los monarcas dieron los primeros este ejemplo de fervor religioso. Los prelados, y los eclesiásticos todos, que en gran número se contaban en el campo, después de haber absuelto á estos piadosos guerreros, se dispusieron á seguirlos á lo más rudo de la pelea.

Llegó el día tercero, 16 de julio del año 1212, y las tropas cristianas se ponen en orden de batalla, divididas en tres cuerpos, cada uno mandado por un rey. Alfonso y sus castellanos, estaban en el centro con los caballeros de Santiago y Calatrava, órdenes recientemente instituídas; Rodrigo, arzobispo de Toledo, é historiador de esta gran jornada, estaba al lado de su soberano, precedido de una gran cruz, insignia principal de aquel ejército. Sancho y sus navarros formaban la derecha. Los aragoneses con Pedro, la izquierda. Los cruzados ita-

lianos y franceses, reducidos estos últimos á un pequeño número por la deserción de sus compañeros, que no habían podido soportar el sofocante calor de aquel clima, marchaban delante de las tropas guiados por Arnaud, arzobispo de Narbona y de Thibault Blazón, señor poitevín. Así colocados descienden al valle que los separaba de sus enemigos.

Siguiendo su antigua costumbre, los moros desplegaron por todas partes sus soldados, sin orden ni concierto. Constituía la principal fuerza de éstos una excelente caballería compuesta de unos cien mil combatientes; el resto lo formaban un montón de infantes mal armados y poco aguerridos.

Mahomed, que se había situado en la cumbre de una colina que dominaba el campo de batalla, estaba resguardado por una cerca compuesta de gruesos barrotes y cadenas de hierro y por lo más escogido de sus caballeros, que formaban un triple círculo á su alrededor. De pie, en medio de aquel inexpugnable reducto, y con el Alcorán abierto en una mano y el alfanje en la otra, el monarca mahometano mandaba sus tropas, cuyos bravos escuadrones corrían impetuosamente de uno á otro lado de la llanura.

Desde un principio, los castellanos dirigieron

su ataque sobre esta altura, haciendo por el pronto retroceder á los moros; mas repuestos éstos, cargaron con tal denuedo, que aquéllos empezaron á su vez á desconcertarse.

Alfonso, que iba recorriendo toda la línea para animar á los suyos, al observar la indecisión que se había apoderado del ánimo de éstos, exclama, dirigiéndose al arzobispo de Toledo, que no se había apartado un momento de su lado:

—Ha llegado el día en que debemos morir.

—Señor—le contesta el prelado—no es este el día en que debemos sucumbir, sino en el que debemos vencer.

Y acercándose al valiente eclesiástico que llevaba la cruz, le ordena el prelado que avance hacia el centro de las masas musulmanas. El rey y el arzobispo siguen en pos de la santa Enseña. Entonces los castellanos, viendo el peligro que corren su estandarte y su soberano, se precipitan cual furiosa avalancha sobre el ejército agareno. El choque fué tan terrible, con tal ardor peleaban los cristianos para impedir que sus enemigos se acercaran al rey y al prelado, que los moros atemorizados retroceden de nuevo.

En esto, el bravo rey de Navarra, seguido de

un escuadrón de su guardia, había roto por medio de las masas agarenas, y llegando al parapeto, rompe las cadenas que defienden la entrada del lugar en que el monarca moro se encuentra. Mahomed emprende entonces la huída precipitadamente; y sus guerreros, que ya no le ven, pierden el valor y la esperanza. El desconcierto en el campo de los infieles se hace general; los aragoneses han derrotado la mayor parte de los escuadrones africanos; el ala izquierda de éstos está totalmente deshecha, y todos corren asolados de un lado para otro.

Todo se doblega ante el ejército cristiano: sus enemigos escapan á la desbandada; millares de ellos han quedado sobre el campo de batalla.

El arzobispo de Toledo, rodeado de los demás prelados, del clero, de los reyes, jefes y soldados, entona sobre el mismo lugar de la acción un *Te-Deum* en acción de gracias por la victoria alcanzada.

La batalla de las Navas tuvo más funestas consecuencias para el desgraciado Mahomed que para los moros de Andalucía. Retirados éstos á sus ciudades, doblemente defendidas después con los restos del ejército africano, pudieron resistir á los reyes españoles, que sólo lograron tomarles un corto número de plazas y

teniendo que separarse sin haber conseguido grandes ventajas. El rey de Marruecos, despreciado por sus aliados después de su derrota, y hasta vendido por sus más próximos parientes, perdió todo su prestigio y poder en España, viendo como sus principales jefes formaban pequeños estados y se declaraban independientes. El infortunado monarca se vió precisado á volver á Africa, donde, según se dice, murió del tedio que le produjeron sus desventuras.

Los reyes que sucedieron á Mahomed, gobernaron en medio de continuas guerras y disturbios, y al fin fueron lanzados del trono. El imperio de Marruecos se dividió, estableciéndose tres dinastias distintas en Fez, Túnez y Tremesén. Los soberanos de estos estados, rivales entre sí, multiplicaron los combates, los crímenes, las atrocidades de que está llena la historia de aquella parte de Africa.

Durante este tiempo, las disensiones producidas en Castilla y la guerra con Francia en que tomó parte Aragón, dejaron respirar por algún tiempo á los moros. Poseían éstos todavía en España, los reinos de Valencia, Murcia, Granada y Sevilla, así como una parte de los Algarbes y las islas Baleares, poco conocidas todavía por los cristianos del continente. Estos estados

estaban regidos por diversos soberanos. El principal de ellos era Benhud, príncipe hábil y capitán experto, descendiente de los antiguos monarcas de Zaragoza, el cual, con su valor y su prudencia, había llegado á someter á casi todo el mediodía Oriental de España. Después de éste, los más importantes eran los de Sevilla y Valencia. El bárbaro que reinaba en Mallorca no era más que un jefe de piratas, que sólo se aventuraba á llegar alguna que otra vez á las costas de Cataluña para saquear á los pueblos indefensos.

Tal era el estado de España, cuando dos esclarecidos príncipes españoles entran á reinar, el uno en Aragón y Castilla y en León el otro. Estos soberanos fueron Jaime I y Fernando III, éste último admitido como santo por la Iglesia, y los dos dotados de grandes dotes de gobierno.

Fernando el *Santo*, ardía en deseos de emprender la guerra contra los infieles de Andalucía. Era este rey sobrino de Blanca de Castilla, reina de Francia, y primo hermano de San Luis, con el cual tenía un gran parecido, tanto por su piedad como por su valor y por el amor á sus pueblos, reflejado en las sabias leyes que ambos promulgaron.

Los aprestos militares se hacían con activi-

dad en Castilla, y bien pronto el joven monarca entra en tierra de los musulmanes á los que logra vencer, tomándole varias plazas y recibiendo el homenaje de varios de sus príncipes que se reconocieron sus tributarios. Entre los pueblos conquistados por el santo rey estaba el de *Alhambra*, cuyos habitantes se retiraron en gran número á Granada, fijándose provisionalmente en un barrio de esta ciudad, que tomó el nombre, tan célebre después, de su antigua patria.

Jaime, por su parte, se embarcó en una armada para la conquista de las islas Baleares, y aunque contrariado por una fuerte tempestad, no retrocede en su empresa; llegando al fin á las costas de Mallorca, donde bate á los moros, y marcha seguidamente á poner cerco á la capital. Vista la tenaz resistencia de los musulmanes, resuelve emprender el asalto, en el cual da un alto ejemplo de valor, siendo el primero en el ataque, y precediendo á sus soldados en los puntos de mayor peligro.

Al cabo de algunos días, ríndese la plaza, y Jaime agrega para siempre aquel territorio á la corona de Aragón.

Pero el aguerrido y caballeroso monarca aragonés meditaba desde hacía ya largo tiempo una

conquista aún más importante. Después de la muerte del *Cid*, Valencia había vuelto á caer en poder de los moros, y este reino tan rico, tan fértil, donde la naturaleza parece haberse complacido en dotarlo de todos sus dones, estaba regido por un príncipe Almohade llamado Zeith, hermano de aquel Mahomed vencido en las *Navas de Tolosa*.

Por aquel tiempo la guerra civil tenía divididos á los habitantes de Valencia. Un príncipe de nombre Zéan, pretendía derribar al soberano reinante, contando para esto con los principales jefes del ejército. El rey de Aragón toma el partido de Zeith, quien había demandado su auxilio, y logra vencer á su competidor en varios combates, apodéranse de paso de muchas plazas fuertes, y dirigiéndose por último á la capital, á la que estrecha por todas partes.

En tan apurado trance, Zéan implora el socorro de Benhud, soberano el más poderoso entre todos los musulmanes de la Península; mas á éste le fué imposible marchar en su auxilio.

Por su parte, los castellanos, guiados por su esclarecido príncipe, habían hecho nuevos progresos en la conquista de la tierra andaluza, haciéndose dueños de buen número de pueblos, y

terminando por poner cerco á la antigua capital de los califas.

Benhud, á menudo batido, mas siempre temible para sus enemigos, así como venerado por los moros andaluces, sus súbditos, reune un ejército poderoso, y se dirige en busca del aragonés, á quien creía más fácil de vencer; cuando uno de sus tenientes le hizo perecer en Almería por medio de una traición, librándose así los reyes cristianos del único caudillo capaz de contenerlos en sus conquistas.

La muerte de Benhud abatió el valor y la esperanza de los cordobeses, que hasta entonces se defendieron con tesón esperando socorro, y pidieron capitulación.

En aquella ocasión, los cristianos abusaron de su victoria, concediendo á los desgraciados musulmanes tan sólo la vida; ordenando expatriarse á todos aquellos que no quisieran abrazar la religión de los vencedores.

Un considerable número de familias, abandonando sus propiedades, y casi sin recurso alguno, salieron llorando de aquella su querida ciudad, que por espacio de quinientos ventidós años, había sido el centro principal de su grandeza, y el asilo de la ciencia y de las artes árabes. Aquellos infortunados en su huída vol-

vían de vez en cuando la cabeza, como despidiéndose, para siempre de sus hogares, de sus templos maravillosos y de aquellos jardines magníficos que representaban la constante labor de cinco generaciones.

Los soldados españoles que habían quedado en Córdoba, lejos de conservar las riquezas de todo género que la ciudad encerraba, se dedicaron más bien á destruirlas, cegados como estaban por su intransigencia á todo cuanto provenía de los infieles.

Córdoba, aquella Córdoba suntuosa de los califas de Occidente quedó desierta, y para poblarla se vió obligado Fernando á publicar un decreto concediendo grandes ventajas y privilegios á cuantos cristianos fueran á habitarla. La gran mezquita de Abderramán se convirtió en catedral, y tuvo su obispo y sus prebendados; mas la gran ciudad, como la llamó un poeta árabe, no volvió á recobrar su antiguo esplendor.

No tardó mucho tiempo Valencia en seguir el mismo camino que la capital de Andalucía. Asediado Zean por el intrépido Jaime, no halla modo de salvar su ciudad, pues aun dentro de sus muros tiene que combatir á la fracción de Zeith, que trata de aprovecharse de su situación para destronarle. Por otra parte, la esperanza

de que le socorriera su aliado el rey de Túnez se ha desvanecido: la flota de éste ha tenido que emprender la fuga perseguida por los buques de Aragón. El monarca valenciano se halla solo peleando con un enemigo poderoso que le cerca, y con los sediciosos que le rodean, y el momento de rendirse ha llegado. Zean propone al aragonés hacerse su tributario; mas el cristiano es inflexible: sólo cesará en su ataque con la entrega de la plaza.

El rey de Valencia evacua la ciudad en compañía de cincuenta mil musulmanes. Fiel á su palabra, Jaime no sólo le permite llevarse sus tesoros, sino que los defendió contra la avaricia de sus soldados que contemplaban con pesar como se les escapaba el codiciado botín.

Después de la conquista de dos tan ricas y populosas ciudades como Córdoba y Valencia, nada parecía detener ya á los españoles en su triunfal marcha; pues hasta Sevilla, entonces de menor importancia, también estaba amenazada por las tropas de Fernando.

Mas, justamente por este mismo tiempo, surge repentinamente un nuevo estado que hace retardar la época de la total ruina de los moros de España; estado éste que adquirió por espacio de doscientos años una gran celebridad.

ÉPOCA CUARTA

REINO DE GRANADA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIII HASTA LA TOTAL EXPULSIÓN DE LOS MOROS EN EL XVI

I

Las sucesivas victorias de los españoles, y sobre todo, la conquista de Córdoba, habían consternado por completo á los moros. Este pueblo impetuoso é impresionable, que con tanta facilidad se entusiasmaba hasta el frenesí como se abatía ante el más insignificante contratiempo, cuando vió que la cruz triunfante ondeaba sobre el minarete de la gran mezquita de Abderramán, consideróse como perdido y que su poder en España había terminado para siempre: los mismos imanes predicaban públicamente el fin del islamismo.

Esto no obstante, los moros poseían todavía extensos y ricos territorios; como eran los reinos de Sevilla, Granada, Murcia y Algarbe, siendo asimismo dueños de todos los puertos comprendidos en la costa del Mediodía. Además, su numerosa población, sus riquezas, su floreciente industria, le aseguraban muchos recursos. Pero Córdoba, la ciudad santa rival de la Meca, estaba en poder de los cristianos: de tal suerte, los musulmanes españoles considerábanse sin verdadero estado.

Mas en medio de tantos desastres y de tanta desventura, un hombre llega á reanimar el abatido espíritu del pueblo agareno, dándole alguna esperanza de regeneración. Era éste Mohamed Abusaid, de la tribu de Al-Hamar, originaria de Cuffa, ciudad situada en la ribera del mar Rojo. Algunos historiadores aseguran que *Alahmar*, como así le llamaban, fué en su mocedad un simple pastor, y que después, dedicado ya al ejercicio de las armas, logró ascender por su ingenio y su valor hasta el mismo trono; hecho éste poco extraño entre los musulmanes, quienes sólo reconocían como privilegio el que se basaba en el propio mérito, ó en el vinculado en los descendientes del Profeta.

Mohamed Alahmar poseía como gobernante

dos grandes cualidades: un valor á toda prueba y una sagacidad poco común. Para hacerse cargo de este don particular suyo, hay que considerar la manera como se hizo proclamar rey.

Hallábanse reunidas en Arjona buen número de tropas, y el caudillo moro piensa aprovecharse de éstas para que sean la base de su soberanía. Pero ¿con qué títulos va á presentarse ante ellas? Mohamed, gran conocedor de aquel pueblo, catequiza y atrae en primer término á su partido á un *santón*, especie de religioso muy considerado entre los moros, el cual predice públicamente que aquél es el designado por el cielo para regir y salvar el estado musulmán. Desde este momento la ciudad se declara en su favor, siguiendo después su ejemplo otros muchos pueblos.

Considerando Mohamed I cuán importante era poseer una ciudad que reemplazara á Córdoba, y que fuera como el asilo y centro de los dispersos musulmanes de España, funda definitivamente su reino y elige á Granada por capital en el año de 1236.

Aún pretendió más Mohamed, pues hizo grandes aunque inútiles esfuerzos, por reunir bajo un mismo cetro cuantos territorios de la Península pertenecían todavía á los moros. Sin

duda era éste un gran designio, y la única manera de poder resistir á los ya poderosos cristianos. Mas la salvadora idea del granadino no prevaleció: ni Murcia, ni Sevilla, ni los Algarbes, estados gobernados por diferentes príncipes mahometanos, quisieron adherirse al Alhamar, prefiriendo á la unión su independiencia. Tal división fué la causa principal de la perdición de dichos reinos, que cayeron muy pronto en poder de los españoles.

En los principios de su reinado, señalóse Mohamed I por su victoria sobre las tropas del rey D. Fernando III el *Santo;* pero las sediciones y revueltas que se levantaron en la misma Granada, y aun en otros puntos de su nuevo reino, le obligaron á firmar una paz poco beneficiosa y aún menos digna para él. Por dicho tratado se estipuló la entrega al castellano de la importante plaza fuerte de Jaén, más la obligación de pagar á Castilla un tributo anual y de ayudarle con sus tropas el granadino en caso de necesidad. Bajo tales condiciones fué como Fernando reconoció el nuevo reino de Granada; y aun llegó á auxiliar á su soberano, enviando un ejército para someter á algunas tribus granadinas que se habían rebelado.

El hábil monarca castellano, si dejó en paz á

Mohamed, fué para volver con más brío contra Sevilla, cuya idea de conquista ha tiempo acariciaba.

El sitio de esta ciudad fué largo y sangriento. Los sevillanos, que eran muchos y muy aguerridos, se defendieron con tesón. Por otra parte, el rey de los Algarbes, aliado natural y casi obligado de aquéllos, inquietaba sin cesar á los sitiadores con sus continuas escaramuzas. Así, pues, y á pesar del valor que los españoles mostraron en los asaltos, y aun de la misma falta de víveres que empezaba á sentirse, como era natural después de un sitio que duraba ya un año, la ciudad no estaba dispuesta á rendirse.

Entonces, Fernando requiere al de Granada para que vaya á ayudarle con sus tropas conforme á lo pactado; y Alahmar se ve obligado á obedecer, concurriendo al cerco con un brillante séquito de guerreros.

Aumentado de tal suerte el ejército sitiador, Sevilla pierde toda esperanza de salvación, y se rinde al rey de Castilla. El monarca granadino, cumplida ya su triste misión, vuelve á sus estados con la humillante gloria de haber contribuído á la ruina de sus hermanos.

Más piadoso que político, Fernando dispone en el acto la expulsión de los moros sevillanos:

y doscientos mil de éstos abandonan la ciudad en el espacio de algunos días, yendo á refugiarse, unos á África y á los Algarbes, y los más al reino de Granada.

Este último estado era el ùnico que les quedaba á los musulmanes españoles; pues el pequeño territorio de los Algarbes, aislado ya y sin apoyo alguno, cayó bien pronto bajo el yugo de los portugueses, y Murcia que nunca debió separarse de Granada, no tardó mucho en ser también conquistada por los castellanos.

El convenio entre Fernando III y Mohamed Alahmar, se cumplió fielmente por ambas partes; mientras el primero vivió, no fué molestado el granadino, de cuya tregua supo aprovecharse el segundo, fortificando sus plazas de guerra, y preparándose para el porvenir, ya que la paz entre cristianos y mahometanos no debería durar largo tiempo.

A la muerte de San Fernando, subió al trono su hijo Alfonso, llamado el *Sabio*.

Apenas Alahmar recibe la noticia, emprende la marcha á Toledo acompañado de una lucida escolta, con objeto de cumplimentar al nuevo rey y reanudar el tratado de alianza concertado con su antecesor.

El monarca granadino fué bien recibido por

el castellano; y aun éste no se quiso recibir del tributo que aquél le ofreciera, sino sólo de una pequeña cantidad, y esto como prueba de alianza y amistad.

Pero duraron poco estas buenas relaciones: la guerra empezó de nuevo, y las primeras escaramuzas que tuvieron lugar en la frontera, fueron de un éxito igual para ambas partes; dando en ellas alto ejemplo de valor y caballerosidad así cristianos como mahometanos.

Y á este propósito se refiere el siguiente nobilísimo hecho.

Asediada la ciudad de Jerez por los agarenos y á pesar de que la escasa guarnición castellana había ya sucumbido casi en su totalidad, niégase á rendirse. El gobernador de la plaza García Gómez, permanece todavía en pie, solo, sobre la muralla, tratando de contener el impulso de los enemigos. Estos, admirados de tal heroísmo y comprendiendo por la sangre que en abundancia salía de las numerosas heridas del caudillo, que éste iba á perecer si no se le socorría á tiempo, convinieron tácitamente en suspender la lucha; y por medio de unos garfios y aun teniendo que vencer su tenaz oposición, lo levantan, lo recogen y lo trasladan con sumo cuidado á su campo; en donde es solícitamente aten-

dido. Después que hubo curado, García Gómez es devuelto á los suyos, acompañado de muchos presentes que como recuerdo de su estancia entre ellos ofreciéronle sus nuevos amigos.

Alahmar no pudo impedir que Alfonso se apoderara de Murcia, y aun para obtener la paz se vió obligado á ofrecerle al castellano el pago de un nuevo tributo.

Mas, en esto, las disensiones que sobrevinieron entre este monarca y algunos grandes señores de su reino dieron tiempo al granadino para reparar sus pérdidas. El hermano de Alfonso y otros magnates, resentidos de su soberano por sus exorbitantes exacciones á los castellanos, abandonan su país, y van á refugiarse en Granada; en donde ayudaron eficazmente á Mohamed en su lucha contra los rebeldes de sus estados, que á su vez estaban protegidos por la corte de Toledo.

Por este tiempo muere el Alahmar y le sucede su hijo Mohamed II el Fakih (año de 1273.)

El nuevo soberano siguió las trazas de su padre, sabiendo aprovecharse en su beneficio de las discordias que reinaban en la corte de Castilla, y de los inútiles viajes que Alfonso el *Sabio* emprendió al extranjero en busca de apoyo

para que la dieta de Francfort le eligiera emperador de Alemania.

Durante esta ausencia, Mohamed pactó una alianza con el rey de Marruecos Jusef, de la raza de los *Beny-Mérinos*, vencedores y sucesores de los Almohades; por la cual el primero cedía al segundo las plazas fuertes de Tarifa y Algeciras á cambio de su apoyo.

Y en efecto, Jusef desembarca en España con un lucido ejército y se une al granadino.

En los primeros encuentros los aliados consiguen algunas pequeñas ventajas sobre los cristianos; pero la criminal rebelión del infante de Castilla don Sancho, que pretendía destronar á su padre Alfonso el *Sabio*, fué causa indirecta de la desunión de los musulmanes.

El rey de Granada había tomado el partido del ingrato hijo; y Alfonso, que vióse abandonado de sus súbditos y enfrente del granadino, imploró el auxilio del africano, quien se apresuró á marchar en su socorro.

Avistáronse, en Zafra; y en esta célebre entrevista, el infortunado monarca fué á ceder el puesto de honor al infiel que iba á socorrerle.

—Esperad—le replica el mahometano:—este sitio os pertenece en tanto que seáis desgraciado. Yo vengo, no á defender la causa del sobe-

rano, sino la del padre. Cuando hayáis sido repuesto en vuestro derecho, tiempo habrá en que podamos medir nuestras fuerzas frente á frente.

A pesar de estas nobles declaraciones, Alfonso no tuvo confianza en el africano, pues á la siguiente mañana, antes de rayar el día, huyó sigilosamente del campo musulmán. Poco tiempo después murió el castellano, no sin desheredar antes al culpable Sancho; quien también gozó poco su reinado.

Con la muerte de ambos, volvieron á suscitarse las contiendas en Castilla; y conforme á su antigua táctica, Mohamed trata de aprovecharse de aquella coyuntura, entrando en son de guerra por tierras de Andalucía.

En esta ocasión logra el granadino apoderarse de algunas plazas mal defendidas; terminando aquí el glorioso reinado del segundo Alhamar (1302).

Y creemos conveniente fijarnos por un momento en esta época, pues fué cuando Granada llegó al apogeo de su gloria y su esplendor.

Mohamed II, al par que hábil político era un experto capitán; teniendo una afición decidida por las bellas artes y aun por la misma ciencia: su cultura era poco común; los poetas, los filó-

sofos, los astrónomos, los arquitectos que florecieron en su corte, hicieron célebre á éste por todo el mundo. Estaban por entonces los moros tan adelantados en toda clase de conocimientos, que el mismo Alfonso el *Sabio*, no hallando entre los cristianos quien pudiera ayudarle en sus trabajos científicos, tuvo que recurrir á los sabios granadinos para que le prestaran su concurso en la redacción de aquellas tablas astronómicas que llevan el nombre del monarca castellano.

Empezaba, pues, á realizarse el sueño del primer Alahmar: Granada reemplazaba con honor á la antigua ciudad de los califas. La arquitectura en particular había hecho notables progresos; en el reinado de Mohamed II dióse principio á la construcción de ese famoso palacio que lleva por nombre la *Alhambra*, el cual hoy día, aunque incompleto, es la admiración de propios y extraños.

Pero nuestra misión de historiadores nos obliga á dejar para otros la descripción del hermoso y magnífico monumento árabe, para ocuparnos de la triste y prosáica tarea de reseñar las guerras, traiciones y sangrientas revueltas de castellanos y granadinos.

Mohamed III, que por su ceguedad fué apelli-

dado el *Ciego,* tuvo que combatir, así á sus propios súbditos, como á los españoles. Obligado por su enfermedad, á tener un primer ministro ó regente, designó para tan importante cargo á Farady, esposo de su hermana, que era muy entendido en los asuntos de Estado, así como excelente guerrero; el cual en la guerra contra los cristianos supo guiar á los suyos á la victoria, y coronarla al fin con una paz honrosa para su nación (1304).

Mas los cortesanos, envidiosos de la gloria adquirida por el favorito, y no pudiendo conseguir su destitución, conspiran contra el soberano, y la guerra civil empieza á enseñorearse de Granada. Y para colmo de males, Fernando el *Emplazado* se une al rey de Aragón para atacar al granadino; y toman á Gibraltar, de donde son expulsados los musulmanes.

A propósito de la conquista de esta ciudad, cuéntase el siguiente hecho:

Entre la muchedumbre de desterrados, que mustios y cabizbajos salían por las puertas de hierro de la plaza, iba un anciano de luenga barba, quien al percibir al monarca español, que en aquel momento se dirigía á su campamento, se acercó á él, y le dijo:

—Rey de Castilla: ¿qué os he hecho yo, á tí

y á los tuyos? Tu bisabuelo Fernando me echó de Sevilla, que es mi patria; fuí entonces á buscar un asilo en Jerez, y de allí me expulsó tu abuelo Alfonso; retirado á la ciudad de Tarifa, tu padre Sancho me obligó á que la abandonara; y en fin, cuando ya creía haber hallado una tumba donde reposar, aún aquí, en esta apartada roca, tu odio me persigue. Dime, pues, en que parte de la tierra podré ir á morir lejos de los cristianos.

Fernando, señalando al Estrecho, le contesta secamente:

—Pasa el mar.

Y en el mismo momento, el monarca da la orden para que el anciano musulmán sea conducido á Africa.

Vencido por los aragoneses, hostigado por los castellanos, y temiendo algún levantamiento por la actitud hostil del pueblo, cada vez más solevantado por los ambiciosos cortesanos, el rey de Granada, y con él Farady, su ministro, se vieron obligados á pactar una paz humillante. Con este motivo, la tormenta que se cernía sobre el reino moro no se disipó, sino que estalló con terrible furia. Mohamed *Abenazar*, hermano de Mohamed el *Ciego*, se puso á la cabeza de los amotinados, logrando apoderarse del

infortunado monarca, á quien mandó asesinar para ocupar su lugar.

Mas el reinado del implacable *Abenazar* fué muy efímero, siendo á su vez destronado por Farady, el antiguo ministro; el cual, no osando retener la corona para sí, la puso sobre la cabeza de su hijo Ismael I, (1313).

Desde este momento, la familia real de Granada se dividió en dos ramas que nunca dejaron de ser enemigas: una la de Alahmar (*Al-Hamar*) descendiente del primer monarca por los varones; otra, la de Farady, cuyo derecho provenía por las hembras.

Los castellanos, cuyo interés fué siempre el de fomentar y mantener las rivalidades de los moros, tomaron el partido de Mohamed IV *(Abezanar)* refugiado en Guadix. El infante don Pedro, tío del joven rey de Castilla Alfonso XI, fué á atacar á Ismael, logrando algunas ventajas sobre éste; pero reunido después al otro infante don Juan, entran los dos á sangre y fuego por las tierras de los infieles, llegando triunfantes hasta los mismos muros de Granada.

En esta ocasión, los musulmanes no se atrevieron á salir de la ciudad para combatir á los cristianos; pero cuando éstos, cargados de rico botín, hubieron tomado la vuelta de Castilla,

Ismael dispuso que fueran perseguidos por su ejército; el cual los alcanzó bien pronto, cayendo de improviso sobre su retaguardia.

Sucedió esto á últimos del mes de Junio, á la hora más calurosa del día. Los dos infantes, hicieron tales esfuerzos y tanto se agitaron para restablecer el orden en sus filas, descompuestas por el imprevisto é impetuoso ataque, que extenuados de fatiga cayeron en tierra exánimes: ambos murieron allí mismo sin haber recibido la más pequeña herida. Los españoles, cansados, jadeantes, no podían defenderse de aquellas tropas que llegaban de refresco; y acabaron por emprender la huída, perdiendo todo su bagaje y dejando en poder de los moros el cuerpo de uno de los desgraciados príncipes. Ismael dispuso que aquel cuerpo fuera trasladado á Granada, donde fué colocado en un ataúd forrado de seda y oro, y con los honores debidos, fué después devuelto á los castellanos.

El fruto recogido por los granadinos en esta jornada, fué la ocupación de algunos pueblos y la terminación de un tratado de paz muy honroso para ellos.

Ismael, sin embargo, no llegó á gozar de tranquilidad por mucho tiempo. Enamorado de una joven española cautiva, que pertenecía á uno

de los jefes de la guardia, osa arrebatársela a éste. Tal ultraje es siempre lavado con sangre entre los musulmanes; y el monarca granadino fué asesinado por el ofendido amante. Entonces sube al trono Mohamed V, primogénito de Ismael (1322).

II

El reinado de Mohamed V, así como el de su sucesor Yusuf I, no presentan en el largo espacio de treinta años, más que una serie no interrumpida de sediciones, motines, luchas y traiciones. Ambos soberanos tuvieron el mismo fin, muriendo asesinados en su palacio.

Yusuf tuvo por heredero en 1354 á un príncipe Farady, tío suyo, de nombre Mohamed VI, también conocido por el *Viejo,* á causa de su avanzada edad. Pero éste duró poco, siendo destronado por otro príncipe de la raza de Alahmar, Mohamed VII el *Rojo*, el cual pudo mantenerse durante algunos años en el trono por la protección que le dispensó el rey de Aragón. Mas Pedro el *Cruel*, á la sazón reinante en Castilla, tomó el partido de Farady destronado, mandando un ejército para sostenerlo en sus pretensiones. En tan apurado trance, Mohamed el *Rojo*, no hallando medio de terminar las contiendas, resuelve ir él mismo á Sevilla para tratar con el castellano.

El Alhamar, seguido de sus más fieles servidores y llevando por delante todas sus riquezas, llega á la ciudad andaluza, y se presenta con noble confianza delante de Pedro.

—Rey de Castilla—dice á éste—la sangre de los cristianos y de los mahometanos está derramándose á causa de mi disputa con Farady. Tú proteges á mi competidor, y á tí elijo yo para que dirimas el pleito. Examina, pues, el derecho de cada uno, y señala después al que deba reinar. Si éste fuera Farady, sólo te pido una gracia: que me dejes marchar libremente á Africa; pero si por el contrario, el designado fuera yo, recibe de antemano mi pleito homenaje.

Sorprendido ante aquella inesperada proposición, Pedro el *Cruel* recibe con benevolencia al monarca moro; y le sienta á su lado en un festín que en su honor mandó preparar; pero, al levantarse de la mesa, el cristiano da orden de prender al mahometano, y aún no satisfecho con esto dispone que sea paseado y montado en un asno y medio desnudo por las calles de la ciudad.

El granadino hubo de quejarse amargamente de tamaña alevosía; y entonces el castellano reitera la orden, y aun la hace más cruel, dis-

poniendo que el rey moro y las treinta y siete personas de su séquito sean conducidos á un lugar llamado *Tablada*, donde todos fueron decapitados.

El mismo D. Pedro hirió con su espada en el pecho al aganero, antes de ser éste entregado al verdugo; y cuéntase que el infortunado rey dirigió á su implacable enemigo estas palabras:

—¡Pedro! ¡Pedro! ¿Es así como debe emplear sus armas un caballero?

Por coincidencia bien extraña, los diversos tronos de España estaban ocupados por aquel tiempo por príncipes corrompidos y llenos de crímenes. Pedro el *Cruel*, el asesino del noble Alahmar, el que hizo perecer á su esposa Blanca de Borbón, manchándose cada día con la sangre de sus víctimas, entre las que se contaban sus más próximos parientes y allegados, tal era el que empuñaba el cetro de Castilla. Pedro IV, el Tiberio de Aragón, menos violento, pero más pérfido y más tirano, si cabe, que aquél, pues despojó de sus derechos á uno de sus hermanos, ordenó la muerte del otro y entregó al verdugo á su antiguo ministro. Y en fin, el que reinaba en Navarra, era aquel Carlos, cuyos abominables hechos le valieron el sobrenombre de *Malo*.

Pero los horrores y las desgracias eran generales en aquella época; pues mientras España gemía bajo el yugo tiránico de aquellos monarcas, fuera de ella, otras causas diferentes, pero no menos tristes y funestas, hacían conmover la humanidad. Francia estaba entregada á los horrores que siguieron á la prisión del rey Juan; Inglaterra se hallaba profundamente conmovida por las continuas revueltas que se sucedieron durante el reinado de Ricardo II; Italia se desgarraba por las luchas fratricidas de Güelfos y Gibelinos, mientras dos papas se disputaban la tiara; en Alemania, los pretendientes á la corona imperial solevantaban los pueblos, y en fin, Tamerlán, que con sus ejércitos destruía las poblaciones de Asia, desde el país de Usbeck hasta la India.

Después del crimen de Pedro de Castilla, Granada quedó tranquila. Libre ya de su adversario, Mohamed el *Viejo* reinó pacífica y libremente, siendo éste el único aliado que guardó fidelidad al castellano. Cuando Pedro sucumbió á manos de su hermano bastardo Enrique de Trastamara, el Farady se apresuró á renovar con éste el tratado de alianza, con lo que consiguió vivir en paz hasta su muerte. Le sucedió en 1379 su hijo Mohamed Abú'l-Hhedjadj, a

quien algunos historiadores denominaron Mohamed *Guadix* á causa de la predilección que por esta ciudad siempre mostró.

Este soberano fué el mejor entre todos los reyes granadinos. Dedicado á hacer la felicidad de sus súbditos, trató en primer término en mantenerlos en aquella paz de que tan raramente habían gozado en tiempo de sus predecesores; y para mejor asegurarla, empezó por fortificar sus ciudades, y por crear un fuerte cuerpo de ejército; después buscó alianza con los moros de Africa, casándose con una hija del rey de Túnez llamada Cadige.

Ya así preparado para cualquier contingencia, Mohamed, obrando con excesiva prudencia, se apresura á enviar embajadores al rey de Castilla, ofreciéndole la celebración de un tratado de paz y amistad.

Juan I, hijo y sucesor de Enrique de Trastamara, muy ocupado á la sazón en sus contiendas con Portugal é Inglaterra, firma de buen grado el tratado, al cual nunca llegó á faltar Abú'l-Hhedjadj.

Tranquilo ya por parte de los cristianos, el nuevo monarca granadino se ocupó preferentemente en fomentar el comercio y la agricultura, disminuyendo sobre todo los impuestos; con lo

que la prosperidad y la riqueza del país desarrolláronse extraordinariamente.

Adorado de su pueblo, cuya felicidad procuraba por todos los medios, y respetado por sus enemigos, á quienes no temía, Mohamed VIII dedicó el ocio en que le dejaba la paz á embellecer su capital y su querida ciudad de Guadix; dotándolas de hermosos monumentos públicos y de diferentes escuelas, en las que se enseñaban las ciencias y las artes, siendo digna de anotar entre todas la muy célebre de *Azrah*. Así, pues, la corte de Abú'l-Hhedjadj fué considerada como el centro de la cultura española.

Después de un glorioso reinado de cerca de trece años, este rey dejó sus florecientes estados á su hijo Yusuf II (1392).

El nuevo soberano trató de seguir las mismas huellas que su predecesor, proponiendo en primer término al cristiano renovar el antiguo tratado de alianza.

Mas por este tiempo, un suceso tan imprevisto como extraordinario, vino á turbar por un momento la paz que en Granada reinaba.

Un fanático ermitaño portugués logró convencer al gran maestre de Alcántara Martín de Barbuda á que marchara á la conquista del rei-

no moro; asegurándole que el mismo Dios se lo había así comunicado, y que como prueba del favor divino, él le profetizaba que en aquella guerra no habría de morir un solo soldado cristiano.

El crédulo maestre, considerando como infalible esta profecía, envía al momento embajadores á Yusuf para comunicarle de su parte que la religión de Mahoma era falsa y detestable y la de Jesucristo la única que debía creer y profesar todo el género humano; y que para probar esta verdad, él, Martín de Barbuda, proponía al rey de Granada á que designara cien guerreros moros para combatir contra solos cincuenta cristianos, con condición de que la nación vencida adoptaría en el instante mismo las creencias de la vencedora.

El recibimiento que la tal embajada obtuvo de parte de los moros fácil es de colegir; á duras penas si Yusuf pudo contener á su irritado pueblo, que queria hacer con aquellos ilusos un castigo ejemplar.

Los enviados, despedidos ignominiosamente, volvieron al lado del gran maestre; quien muy sorprendido de no recibir respuesta, se apresura á reunir un ejército compuesto de mil infantes y trescientos caballeros, con el cual parte

en compañía del ermitaño para conquistar á Granada.

El rey de Castilla, Enrique III, que deseaba estar en paz con los moros dado el estado de perturbación de su propio reino, no bien llega á su noticia la temeraria empresa que proyectaba Barbuda, envía á éste una orden para que no pase la frontera; pero el gran maestre le contesta que él solo debía obedecer á Dios, y sigue impasible su camino. Los gobernadores de las ciudades castellanas por donde el portugués pasaba con sus tropas, tratan á su vez de detenerlo; mas los pueblos, exaltados por tal arranque de valor, se ponen de su parte y le instan á proseguir su marcha, apresurándose muchos á engrosar sus filas.

El ejército de Barbuda se elevaba ya á seis mil hombres, cuando llegaron á aquella tierra enemiga que su loca temeridad le hacía considerar como su próxima conquista; y el primer castillo de los moros que hallan al paso es atacado con denuedo. Pero aquí, los del gran maestre pierden tres hombres y aun él mismo resulta herido.

Sorprendido al ver correr su sangre, así como de que hubieran perecido tres soldados, Barbuda llama al ermitaño, y le pregunta lo que aque-

llo significaba después de su formal promesa de que no se perdería una sola vida en aquella empresa.

El ermitaño le contesta que en su profecía él solo se había referido á batallas campales, pero no á simples escaramuzas.

El gran maestre pareció conformarse con estas razones, y ordena seguir adelante.

En esto llegan á avisarle que hacia allí se dirige á marchas forzadas un ejército moro, compuesto de más de cincuenta mil combatientes; pero el alucinado portugués no titubea un solo momento, á pesar de la gran inferioridad numérica de su gente y de lo mal armados que éstos estaban, y se apresura á salirles al encuentro.

La lucha duró poco tiempo; pereciendo en ella el gran maestre y sus trescientos caballeros, después de haber hecho prodigios de valor. El resto de la tropa fué aprisionada, excepto algunos pocos que pudieron escapar; del ermitaño no hablan las historias, lo cual hace suponer que no fué el último en huir.

Esta insensata expedición no alteró las buenas relaciones que existían entre las dos naciones. El rey de Castilla la desaprobó desde el primer momento, y aun trató de impedir, como

se ha visto, el que llegara á realizarse; haciéndoselo comprender así al monarca granadino.

Yusuf siguió reinando tranquilamente; siendo la esperanza de sus súbditos, los que veían en él al hombre que podría regenerar el reino musulmán.

Pero el esclarecido monarca murió poco tiempo después (1396), según se dice envenenado por medio de un magnífico traje que el rey de Fez, traidoramente le regaló. Por lo que los historiadores árabes aseguran, este traje, impregnado de un veneno muy activo, hizo perecer al infortunado Yusuf en medio de los más terribles tormentos: su carne se desprendió de los huesos, y en tal suplicio vivió durante treinta días.

Mohamed IX, que era el segundo de sus hijos, y el cual en vida de Yusuf había ya promovido varias revueltas en contra de su mismo padre, usurpó la corona á su hermano mayor, llamado como aquél Yusuf; mandando encerrar á éste en la apartada y aislada fortaleza de Almuñecar.

Mohamed no carecía de valor personal ni de talento militar. Aliado con el rey de Túnez, cuya flota se unió á la de Granada, rompió la tregua con Castilla, llegando á conseguir al principio de la guerra algunas ventajas; pero el infante

D. Fernando tío y tutor del joven rey Juan II, no tardó en vengar á los castellanos.

En esto murió Mohamed IX (1408). Mas antes de espirar, y queriendo asegurar la corona en su hijo, envió á uno de sus principales oficiales á la prisión en que yacía su hermano, con orden de cortarle á éste la cabeza.

El oficial halló á Yusuf que jugaba tranquilamente una partida de ajedrez con un imán, y todo turbado y con entrecortado acento le anuncia la misión que allí le lleva. El príncipe, sin inmutarse, oye aquella su sentencia de muerte, y pide por toda gracia al emisario que le permita terminar la partida empeñada; a lo cual aquél no osa negarse.

El juego se reanuda, pues, por algunos instantes; cuando en esto entra jadeante y cubierto de polvo un jefe de la guardia real quien comunica la nueva de la muerte de Mohamed y la proclamación en Granada de Yusuf III (1408).

Fué este un monarca prudente y virtuoso, consagrado particularmente á hacer feliz á su pueblo. Bien lejos de vengarse de aquéllos que habían ayudado á su hermano para destronarle, prodigó, por el contrario, entre ellos toda clase de mercedes y empleos disponiendo que el hijo

de Mohamed fuera educado al igual que los suyos.

Algunos cortesanos llegaron á argüirle por tal indulgencia, que consideraban peligrosa para su política.

—¡Ah!—les replicó el bondadoso monarca. —¿Queréis acaso que con la crueldad dé la razón á los que han preferido sobre mí á Mohamed?

A pesar de su natural pacífico, Yusuf se vió precisado á tomar varias veces las armas para pelear contra los cristianos. No fué muy feliz en esta empresa, en la que perdió varias plazas; pero sí consiguió con su tacto y su moderación el que su nombre fuera siempre respetado y venerado de sus súbditos; y cuando después de algunos años de reinado murió (1423), el duelo general de los granadinos, expresado en públicas manifestaciones, demostró cuan querido había sido de su pueblo.

III

Al pacífico reinado de Yusuf III sucedió una serie de motines y guerras intestinas. Su hijo y sucesor Mohamed X, conocido generalmente bajo el nombre de *Abenazar* ó el *Zurdo*, fué lanzado del trono por Mohamed el *Pequeño*, el cual sólo llegó á reinar algunos meses. Los Abencerrages, tribu poderosa de Granada, restablecieron á *Abenazar*, y su competidor purgó su usurpación en el cadalso.

Por este tiempo, los españoles atacaron á los moros, entrando á sangre y fuego por sus fronteras, arrollando los pequeños destacamentos musulmanes que se les oponían, y llegando así triunfantes hasta los mismos muros de la capital.

Según las crónicas árabes, los cristianos hicieron grandes destrozos en esta correría; las campiñas fueron devastadas, quemadas las cosechas y los pueblos destruídos. Y aun no satisfechos con estos daños causados á los granadi-

nos, Juan II, reinante á la sazón en Castilla, procura encender entre ellos la guerra civil, apoyando y haciendo proclamar por rey de Granada á un tal Yusuf Alahmar, nieto de aquel Mohamed el *Rojo* tan alevosamente asesinado en Sevilla por Pedro el *Cruel*.

Los enemigos de *Abenazar*, que no eran pocos, se unieron al pretendiente y á los Zegríes, tribu ésta muy numerosa é importante rival de los Abencerrages.

Con tales auxilios, Yusuf logra lanzar del trono á su competidor; pero no goza por mucho tiempo de su soberanía, siendo á su vez destronado, y entrando á reinar Mohamed Osmín, sobrino de Mohamed el *Zurdo*.

Mas también aquél es depuesto á los pocos meses por un hermano suyo de nombre Ismael, Mohamed Osmín terminó sus días en el mismo calabozo en que gemía hacía tiempo su tío *Abenazar*.

Ismael dejó la corona en 1465 á su hijo Abul-Hacen.

Este rey fué de grandes alientos, y supo aprovecharse de las turbulencias de Castilla bajo el deplorable reinado de Enrique IV, llevando sus armas hasta el centro de Andalucía.

Estas victorias hicieron concebir á los moros

grandes esperanzas de conquistar su antigua grandeza y poderío; pero un acontecimiento transcendental en la historia de España, vino á cambiar su estrella y á preparar su total ruina.

Isabel de Castilla, venciendo la tenaz oposición de su hermano, así como otros obstáculos casi insuperables, llega á casarse con el rey de Sicilia, Fernando, apellidado el *Católico*, presunto heredero de Aragón. Este matrimonio, que fué causa de la unión de las dos más poderosas monarquías de España, fué como golpe mortal asestado al reino moro, que hasta entonces sólo pudo sostenerse por las divisiones que entre los cristianos existían; ya antes: una cualquiera de aquéllas hubiera sido suficiente para acabar con él, cuanto más ahora que ambas fuerzas se hallaban juntas.

Los nuevos monarcas poseían cualidades muy estimables para la gobernación de un estado. Era Fernando en política, tan hábil como sagaz, y de un carácter que se plegaba maravillosamente á las circunstancias, así como prudente hasta tocar en la desconfianza, y astuto hasta la doblez; pero sobre todos estos dones tenía ese talento especial que consiste en conocer de un solo golpe de vista los diversos aspectos de una cuestión. Isabel, por el contrario, era franca, no-

ble, ingenua, y particularmente dotada de un valor que rayaba en el heroísmo, tanto como de una constancia á toda prueba que la hacían emprender las más grandes empresas y terminarlas á pesar de todos los obstáculos. De tal suerte fué como resultó perfecto el conjunto: la razón fría y calculadora del aragonés se animó al fuego del magnánimo corazón de la gran castellana.

No bien estos monarcas hubieron disuelto las facciones y vencido á todos sus enemigos interiores, entrando en tranquila posesión de aquella herencia que por tanto tiempo le fué disputada, cuando se ocuparon de los medios que deberían poner en práctica para echar de España á los sarracenos.

Todo parecía ayudarles en su designio, estando sin duda llamada aquella época para ser la más gloriosa de la nación española. Aparte de la gran fuerza que representaba la unión de los dos reinos, Isabel y Fernando estaban rodeados de hombres de indisputable mérito; como capitanes expertos, valientes guerreros y hábiles políticos. Entre éstos sobresalía el célebre Jiménez de Cisneros, quien de simple fraile franciscano llegó por sus merecimientos á ser un príncipe de la Iglesia, y el cual, como presidente

del Consejo tenía á su cargo la gobernación del Estado, llevando—según él mismo decía—la España entera sujeta del cordón de su hábito.

Dadas, pues, las circunstancias que concurrían en el nuevo reinado de los cristianos, podía muy bien augurarse que la ruina del último imperio moro estaba muy cercana.

Abul-Hacen, ó Muley-Hacen según algunos le denominan, que á la sazón ocupaba el trono granadino, no parecía, sin embargo, amedrentarse por tales peligros; pues él fué el que rompió la tregua, entrando en tierra de Castilla y apoderándose de algunos pueblos pertenecientes á ésta.

Con tal motivo, Fernando envió una embajada al musulmán para quejarse de aquel acto de hostilidad, y reclamar al propio tiempo el cumplimiento del antiguo tratado, por el cual, el segundo debía pagar anualmente un tributo al castellano.

Abul-Hacen contestó á los embajadores con estas arrogantes palabras:

—Ya sé que algunos de mis antecesores han entregado oro y plata á vuestro rey; pero ya no se fabrica moneda en Granada. Por tanto, el metal que únicamente puedo hoy ofrecer á los cristianos es éste.

Y les mostró la punta de su lanza.

No se hizo esperar por mucho tiempo las consecuencias de aquella provocación. El ejército de Fernando marchó sobre Alhama, plaza fuerte situada á corta distancia de Granada, y muy célebre en aquel tiempo por los magníficos baños que en ella habían construído los reyes moros. Los cristianos tomaron la ciudad valiéndose de una sorpresa; y desde entonces la guerra se encendió encarnizadamente por una y otra parte.

Los éxitos de esta lucha fueron muy varios en los principios. Abul-Hacen contaba con tropas numerosas y aguerridas, así como con bastante dinero y muchas máquinas de guerra. De tal modo se explica la confianza del granadino; pues, en efecto, tenía medios para repeler y defenderse de los españoles durante largo tiempo. Mas una imprudencia de su parte fué la causa de su ruina.

Estaba casado Abul-Hacen con una mora llamada Aixa ó Zoraya, perteneciente á una de las primeras tribus de Granada, de la cual había tenido un hijo, Boabdil, llamado á ser su sucesor. Pero enamorado de una esclava cristiana, que supo dominarle, el monarca moro repudió á aquélla. Esto dió motivo á una guerra civil.

La ultrajada esposa, de acuerdo con el desnaturalizado hijo, subleva á sus parientes y amigos que constituían la mitad de Granada; los cuales exigen á Abul-Hacen que abdique en favor de aquél.

Boabdil es coronado en el palacio de la Alhambra, mientras su padre sale furtivamente de la ciudad (1478).

Pero el destronado rey no por esto renuncia á recuperar el trono, pues reuniendo á sus parciales entabla la guerra civil.

Y por si tantos desmanes y contratiempos no fueran bastantes á aniquilar el reino, un hermano de Abul-Hacen apellidado el *Zagal*, intriga también en favor suyo y en contra de aquél.

Generalmente estimado de los moros, el *Zagal* logra reunir un ejército, y emprende en primer término la marcha contra las fuerzas españolas, á las que logra vencer en los desfiladeros de Málaga. Entonces piensa llegado el momento de disputar la soberanía á su hermano y á su sobrino; con lo que el reino granadino se divide en tres bandos enemigos, que amenazan destruir en lucha fratricida el último asilo de los musulmanes españoles.

Temiendo perder su reino, Boabdil proyecta por medio de una temeraria empresa reanimar

el valor de los suyos, y hacerse al mismo tiempo popular. Con tal objeto hace una salida al frente de un reducido número de combatientes, y se dirige á marchas forzadas sobre Lucena, población importante que pertenecía á los cristianos, llevando nada menos que el designio de sorprender á su guarnición. Pero estaba escrito que la hora de la desgracia había sonado para los moros. Las tropas del joven monarca granadino fueron diseminadas por el ejército cristiano; y aun el mismo Boabdil cayó en poder de sus enemigos, siendo éste el primer rey de su raza que en España fué hecho prisionero. Fernando el *Católico* prodigó sus atenciones al infortunado príncipe, señalándole á Córdoba por destierro.

Abul-Hacen aprovechó esta coyuntura para recuperar la corona que su rebelde hijo le había usurpado, y á pesar de los partidarios del *Zagal*, que trataron de oponérsele, entra triunfante en su antigua capital.

Ya repuesto en su derecho, el monarca moro trató de afianzarse en el trono; pero si venció á sus enemigos interiores, por la parte de los castellanos sólo pudo oponer una muy débil resistencia. Las conquistas de estos últimos iban cada día en aumento, sometiendo á diario á las

casi indefensas poblaciones musulmanas; y llegando á amenazar hasta la misma Granada, en donde los mal avenidos mahometanos se entregaban á una guerra de exterminio.

Y para colmo de males, y con objeto de enconar y aumentar más estas sangrientas contiendas, el hábil monarca castellano pone en libertad á Boabdil; concertando antes con éste una alianza, en la que se estipulaba la obligación del primero en ayudar al moro para recobrar su trono, en cambio de un tributo de doce mil escudos de oro que pagaría anualmente al de Castilla, á más de declararse su feudatario y de hacerle entrega de varios pueblos importantes del estado granadino.

Boabdil firmó este tratado, tan denigrante para él, y auxiliado por algunas tropas españolas marcha á hacer la guerra á su padre.

El reino de Granada convirtióse, pues, en un campo de confusión y carnicería, en donde Abul-Hacen, Boabdil y el *Zagal* seguidos de sus respectivos partidarios, se perseguían á muerte, disputándose la posesión de unos tristes despojos.

En tanto que éstos se aniquilaban mutuamente, los cristianos caminaban de conquista en conquista: ora atacando á los pueblo enemigos de Boabdil; ya reclamando abiertamente el cum-

plimiento del tratado concertado con dicho monarca, y por el cual debían ocupar determinadas plazas, y siempre atentos en avivar el fuego de la discordia, apodéranse por igual del territorio perteneciente á los tres partidos; pero cuidando de dejar á los vencidos el libre ejercicio de su culto, de sus leyes y de sus costumbres.

En medio de tantos desastres, el anciano Abul-Hacen muere en 1482, según unos de pesar, y por lo que otros cuentan asesinado por su propio hermano.

Ya antes de este acontecimiento, el rey católico se había hecho dueño de toda la parte occidental del reino; y Boabdil convino con el *Zagal*, como medio de transacción, en repartirse lo poco que quedaba.

Por consecuencia de este tratado, el territorio granadino quedó dividido en dos estados: el de Granada, regido por Boabdil, y el de Almería y Guadix, por el *Zagal*.

Sin embargo, y á pesar del convenio, la guerra no cesó, sino por muy corto tiempo. El *Zagal* entonces, viendo la imposibilidad de resistir al castellano después de inútiles resistencias en Baza y otros puntos, se apresura á pactar con el rey católico la entrega de su territorio á cam-

bio de una pensión anual, y la propiedad de algunas tierras. El tratado se firmó y Fernando é Isabel tomaron posesión de los dominios del príncipe moro; quien no tuvo escrúpulo en aceptar al mismo tiempo un puesto en el ejército cristiano, ya dispuesto para marchar en contra de su sobrino.

VI

De aquel su antiguo poderío, sólo quedaba ya en España á los musulmanes un reducido espacio: el que ocupaba la ciudad de Granada.

Reinaba aquí, como ya se ha dicho, Boabdil, príncipe de instintos poco nobles; receloso y altanero, que hacía pagar la cólera que su impotencia le producía á sus pobres súbditos, á los cuales mandaba como cruel tirano.

Los reyes de Castilla y Aragón, á pesar de su pretendida alianza y amistad con este débil monarca, le requirieron por medio de embajadores para que les hiciera entrega de su capital, con arreglo á una de las cláusulas del tratado secreto entre ellos concertado cuando Boabdil estuvo prisionero de los cristianos. El granadino no pudo reprimir su cólera al recibir tal mensaje. Pero no era ocasión de lamentarse, sino de combatir ó entregar la corona; y el rey moro optó por el partido más noble, resolviendo defenderse hasta el último momento.

Fernando el *Católico* seguido de un ejército de sesenta mil hombres de lo más escogido de su reino, fué á poner sitio á Granada el 9 de Mayo de 1491.

Estaba defendida esta gran ciudad por fuertes murallas, flanqueadas por mil treinta torres y por una innumerable serie de obras acumuladas unas tras otras. Luego, la población era muy numerosa, pues á pesar de las guerras civiles que tantas veces la inundaron en sangre, Granada encerraba en su recinto por aquel tiempo más de doscientos mil habitantes. Cuantos quedaban de aquellos valientes musulmanes amantes de su patria, de su ley y de su religión, se habían acogido entre sus muros. Ahora, el peligro y la desesperación duplicaban sus fuerzas, y acaso éstos los hubieran salvado á estar dirigidos por otro jefe; mas Boabdil, tan débil como sanguinario, hacía perecer por la cimitarra de sus verdugos á los más fieles defensores del imperio que tenían la desgracia de inspirarle alguna sospecha de traición. Así llegó á ser el objeto del odio y del desprecio de los granadinos, quienes le apellidaban *Zogoile* ó *Rey pequeño*. Las tribus todas de Granada, y muy particularmente la de los Abencerrages, estaban disgustadas y desalentadas, mientras los alfaquíes y

los imanes predicaban públicamente el fin del reinado de los moros; sosteniendo solamente la energía de aquel desventurado pueblo, el horror que sentía á caer bajo el yugo de los cristianos.

Por el contrario, las tropas de Fernando marchaban al combate ebrias de entusiasmo por las victorias alcanzadas, considerándose como invencibles, y casi seguras de conseguir la conquista del último baluarte de los infieles. Además, las huestes castellanas iban mandadas por jefes de gran prestigio; tales como Ponce de León, el Marqués de Cádiz, Guzmán, el Duque de Medina Sidonia, Aguilar y el célebre Gonzalo de Córdoba, así como otros muchos renombrados capitanes; todos ellos siguiendo las órdenes de un rey experto y sagaz, á quien siempre sonrió la fortuna.

Por su parte, la reina Isabel, cuyas virtudes hacíanla venerar de todos, concurrió también al campo, acompañada de los infantes y de una corte tan numerosa como brillante. Esta gran soberana, aunque de un carácter naturalmente severo, sabía plegarse á las circunstancias. Así, á la vida ruda é ingrata del campamento, mezcló las esplendidas fiestas palaciegas; sucediéndose los torneos á los combates, y ocupando

aquellas noches de verano, tan bellas bajo el límpido cielo granadino, en danzas y juegos animados por la iluminación de millares de luces.

A todos estos regocijos presidía la magnánima reina, y una palabra, una mirada suya, hacía un héroe del último de sus soldados.

Y en tanto que la abundancia y la alegría reinaban en el campo de los cristianos, en el de los moros sólo imperaba la desconfianza, el descontento y el miedo de que pronto llegara á carecerse de los víveres más indispensables para la vida.

A pesar de todo esto, aún duró el sitio nueve meses. El prudente Fernando no intentó el asalto contra una plaza tan bien fortificada, sino que después de desvastar los campos de los alrededores, esperó á que el hambre le entregara á Granada. Por tanto, se contentó desde un principio en combatir desde afuera las murallas, y en repeler las continuas salidas de los moros; pero sin empeñarse en una acción decisiva, mas sí estrechando cada vez más á aquéllos á fin de que no se les pudieran escapar.

Por un incidente imprevisto se prendió fuego una noche á las tiendas de los reyes cristianos; el incendio corrióse pronto á todo el campo, el cual fué casi por completo devorado por las

llamas. Boabdil, ó no advirtió á tiempo el siniestro y la consternación que con tal motivo se produjo en el ejército enemigo, ó ni aun en este caso tan propicio para él, se atrevió á atacar á los castellanos.

Mas, si los infieles no supieron sacar provecho de tal suceso, en cambio, el genio de Isabel hizo convertir aquel contratiempo en un hecho de grande utilidad para el mismo cerco: sobre el mismo lugar en que estuvo establecido el campo destruído por el fuego, hizo construir una ciudad, como para darles á entender á los sarracenos que el sitio de Granada jamás sería levantado. Esta feliz idea de la reina, fué ejecutada en veinticuatro días, estableciéndose los cristianos en aquel nuevo pueblo, fuertemente defendido por dobles murallas, el cual aún hoy lleva el nombre de Santa Fé con que lo designara su ilustre fundadora.

Obligados por el hambre que ya empezaba á sentirse, batidos sin cesar en cuantas salidas intentaban, y abandonados, en fin, de los africanos, que no hicieron el más insignificante esfuerzo por socorrerlos, los habitantes de Granada comprendieron la necesidad de rendirse, y enviaron emisarios para entenderse con los cristianos.

Gonzalo de Córdoba fué el encargado por los *Reyes Católicos* para convenir con los moros las bases de la capitulación. En ellas, y según las instrucciones dadas á aquél por sus soberanos, se hizo constar: que los granadinos reconocían el señorío de Fernando é Isabel, así como el de sus sucesores en la corona de Castilla; que devolverían sin rescate todos los prisioneros cristianos; que los moros seguirían gobernados según sus leyes, pudiendo conservar asimismo, sus costumbres y sus jueces; que se les dejaría para su culto la mitad de sus mezquitas, y que respecto á sus bienes, podrían guardarlos ó venderlos, ó bien retirarse á Africa, ó á otro país si así lo deseaban, comprometiéndose por su parte los castellanos á no obligarlos en ningún tiempo á que abandonaran á España. A Boabdil se le reconoció el señorío y la posesión de un vasto dominio en las Alpujarras, del cual podría disponer á su voluntad. Tales fueron las condiciones estipuladas para la capitulación, condiciones que después no fueron cumplidas fielmente por parte de los españoles.

Boabdil se apresuró á hacer entrega de la plaza, aun antes del plazo estipulado, cuando se enteró que su pueblo, sublevado por los imanes, querían romper el convenio y resistir á los

cristianos y en último término sepultarse entre las ruinas de Granada. El desgraciado monarca desalojó el Albaycín y la Alhambra, y seguido de algunos fieles servidores, fué á poner en manos de Fernando las llaves de la ciudad. Cumplida tan triste misión, emprendió el camino de las Alpujarras, sin osar entrar de nuevo en su antigua capital.

Se cuenta, que cuando Boabdil hubo llegado al monte de Padul, desde donde se descubre perfectamente á Granada, echó una mirada sobre ésta, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Entonces, Aixa, su madre, le dirigió aquellas conocidas palabras:

—¡Llora, hijo! ¡Llora como mujer, ya que no has sabido defenderte como hombre!

El destronado monarca no pudo resignarse á vivir como simple vasallo en un país donde había reinado como señor absoluto, y poco después pasó á Africa, donde fué muerto en un combate.

Isabel y Fernando hicieron su entrada en Granada el día 6 de Enero de 1492, entre las aclamaciones de su ejército alineado en doble fila á todo lo largo de la carrera que la regia comitiva debía seguir.

En la ciudad reinaba un silencio profundo,

no encontrándose un solo musulmán por las calles; pues éstos habíanse retirado á lo más escondido de sus hogares para llorar la pérdida de su amada Granada.

Los *Reyes Católicos* se dirigieron en primer término á la gran mezquita, que fué transformada en iglesia, en donde se cantó un *Te-Deum* por el triunfo conseguido.

Entre tanto, el Conde de Tendilla, nombrado gobernador de la plaza, plantaba la cruz y los estandartes de Castilla y de Santiago sobre la torre más alta de la Alhambra.

Así cayó la ciudad de Alahmar en poder de los cristianos; terminando aquí la dominación de los moros en España, á los setecientos ochenta y dos años después de su conquista por Muza y Tarik.

Antes que vivir en Granada sujetos á los españoles, muchos musulmanes prefirieron marchar á Africa. Los que quedaron en esta ciudad tuvieron que sufrir no pocas vejaciones y persecuciones de parte de sus conquistadores.

Los sucesores de Fernando, Carlos I y Felipe II, en particular este último, trataron con excesiva dureza á los moros que aún quedaban en sus estados; y éstos, con ese valor temerario que presta la desesperación, toman las armas,

y se entregan á las más terribles venganzas. Después, retirándose á lo más inaccesible de las montañas, eligen un caudillo con título de rey para que los guíe á la guerra: el designado fué Mohamed-ben-Ommiah, descendiente á lo que parece de los Ommiadas.

Con éxito vario, el nuevo monarca libra diferentes batallas en los escabrosos terrenos de las Alpujaras, en donde con mucho trabajo logra sostenerse por espacio de dos años; pero al fin es asesinado por uno de sus parciales.

Los moros designan un sucesor, que tuvo la misma suerte que aquél; viéndose al cabo en la necesidad de conformarse con el yugo de los cristianos, yugo que su pasada desobediencia hizo aún más pesado.

Poco tiempo después aquéllos fueron expulsados por completo de los dominios españoles; llegando con dicho motivo á despoblarse de tal suerte el reino, y en particular Andalucía, que muchos pueblos quedaron por completo desiertos.

Más de cincuenta mil de estos infortunados hijos del profeta pasaron á Francia; algunos pocos quedaron ocultos en los apartados desfiladeros de las Alpujarras, y la mayor parte fueron á establecerse á Africa, donde, bajo la tiranía

de los emperadores de Marruecos, viven hoy; pidiendo continuamente al Dios de Mahoma que llegue presto el día en que puedan volver á su amada é inolvidable Granada.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
PRÓLOGO.	5
ÉPOCA PRIMERA.—Conquista de los árabes ó moros.—*Desde últimos del siglo VI al VIII.* . . .	33
ÉPOCA SEGUNDA.—Los Califas de Occidente.—*Desde mediados del siglo VIII hasta principios del XI.*	59
ÉPOCA TERCERA.—Principales reinos levantados sobre las ruinas del Califato.—*Desde principios del siglo XI hasta la mitad del XIII.*	89
ÉPOCA CUARTA.—Reino de Granada.—*Desde mediados del siglo XIII hasta la total expulsión de los moros en el XVI.*	115

PRÓXIMO Á PUBLICARSE

DE PARIS A TETU

HACIENDO ESCALA EN ANDALUC

POR EL

DOCTOR PERIER

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 09 08 01 010 7